

retorno a las fuentes tradicionales

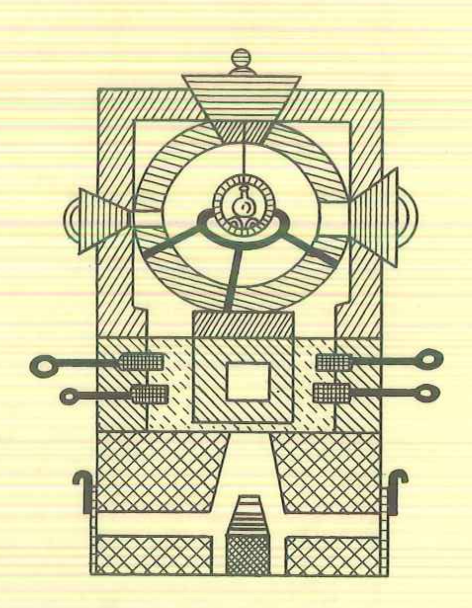


SERIE CUARTA

LOS CINCO LIBROS DE NICOLAS VALOIS

Revista nº 50, Primavera 1996

LA PUERTA, RETORNO A LAS FUENTES TRADICIONALES DEDICA ESTE NÚMERO ÍNTEGRAMENTE A LA PUBLICACIÓN DE UNO DE LOS TEXTOS MÁS IMPORTANTES DE LA HISTORIA DE LA ALQUIMIA: *LOS CINCO LIBROS O LA LLAVE DEL SECRETO DE LOS SECRETOS* DE NICOLAS VALOIS, A PARTIR DEL TEXTO ESTABLECIDO POR LOUIS CATTIAUX, CON UNA PRESENTACIÓN DE EMMANUEL D'HOOGHVORST.



D.I.A.L.T.T. editores, s.l.

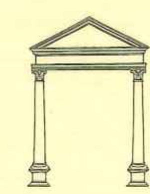
ISBN: 84-88880-07-3

LA PUERTA - 50 LOS CINCO LIBROS DE NICOLAS VALOIS

LA PUERTA

RETORNO A LAS FUENTES TRADICIONALES

LOS CINCO LIBROS DE NICOLAS VALOIS



La lectura de las antiguas obras herméticas te abrirá el camino a la lectura de las santas escrituras, si las lees con ojos desinteresados y amorosos, si no, te conducirán a la locura de la química como a muchos demasiado sabios y demasiado astutos. Todos los tratados llamados alquímicos de buenos autores como Basilio Valentín, el Cosmopolita, Nicolas Valois, Nicolas Flamel, Arnaldo de Vilanova, Moriano, Raimundo Lulio, Grosparmy, Rhumelius, Guillermo Salmon, Pernety, etc..., te ayudarán a desembrollar el caos y a separar la luz de las tinieblas, pero, sobre todo, lo que te ayudará es la santa plegaria al Señor de vida, que los buscadores orgullosos y estúpidos suelen despreciar.

La alquimia no es el yoga de Occidente; es la ciencia primera y última, la ciencia de la renovación de la creación, el misterio de los misterios, el Cristo piedra filosofal y angular capaz de salvar al mundo. Pero también contiene una trampa para los codiciosos y los groseros, y el fracaso de muchos es el justo castigo a su malicia, a su maldad y a su orgullo.

Louis Cattiaux, *Cartas*, «La Puerta. Tradición Popular».

LA PUERTA

RETORNO A LAS FUENTES TRADICIONALES

LOS CINCO LIBROS DE NICOLAS VALOIS

LA PUERTA-50
Los Cinco Libros de Nicolas Valois

1ª edición: Mayo 1996

c./ Isaac Peral, 13B
08397 Pineda de Mar (Barcelona)
Tel. y Fax (93)-7623009

D.I.A.L.T.T. editores, s.l.
Llatzeret, 5 08005 Barcelona

Depósito Legal: 793 - Tarragona 1996
I.S.B.N.: 84-88880-07-3

Impreso en GRÀFIQUES ARRELS, s.l.
Polígon Francolí, Parcela 3 43006 Tarragona

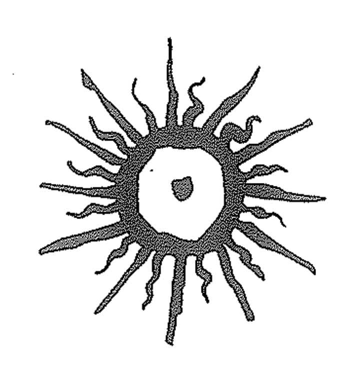
Nicolas Valois

Los Cinco Libros
o
La Llave del Secreto de los Secretos

Texto francés establecido por Louis Cattiaux
Y presentado por Emmanuel d'Hooghvorst

Traducción de J. Lohest

Indice



Introducción

Hace unos 65 años, un buscador solitario apasionado por la ciencia hermética se pasaba los días absorto en la lectura y en la copia de manuscritos alquímicos olvidados en los anaqueles de las grandes bibliotecas de París, mientras que su esposa trabajaba de criada para la subsistencia de la casa.

Este buscador se llamaba Louis Cattiaux, bien conocido de nuestros fieles lectores[1]. Entre los manuscritos que estudiaba, hubo uno que llamó su especial atención: se trata de «Los Cinco Libros» de Nicolas Valois, uno de los tres compañeros normandos que realizaron la Gran Obra en el año 1420, según dice el mismo autor en su tratado, añadiendo que entonces tenía la edad de 45 años.[2]

Parece haber sido redactado hacia el año 1445. El manuscrito original se perdió, pero se han conservado varias copias de las cuales la más completa es la que figura en la Biblioteca parisina del «Arsenal», de finales del siglo XVI (núm. 2516) y que utilizaron las ediciones «Retz» en su colección «Bibliotheca Hermetica» para su publicación en el año 1975, así como las ediciones «La Table d'Emeraude», en el año 1992.

---

1. Su obra principal: *Le Message Retrouvé*, ha sido publicado en castellano, *El Mensaje Reencontrado*, por las ediciones Sirio, Málaga, 1987 y en catalán, *El Missatge Retrobat*, por las ediciones Obelisco, Barcelona, 1988.
2. Ver Fulcanelli, *Las Moradas Filosofales*, libro II, capítulo I.

Louis Cattiaux realizó la copia de uno de los manuscritos, y, al transcribirla, tuvo en cuenta variantes de los otros, conservados en las Bibliotecas de París, suprimiendo algunos fragmentos y corrigiendo otros.

Esta misma copia, traducida en español, es la que LA PUERTA presenta a sus lectores, pensando en el interés que puede tener y considerando que las correcciones realizadas no han sido introducidas por cualquier copista, sino por un Conocedor de la Obra.

Pues parece ser que Louis Cattiaux obtuvo la Transmisión de la «Llave del Secreto de los Secretos» por medio del Maestro desaparecido Nicolas Valois, Transmisión que había quedado interrumpida desde mediados del siglo XVII, con el último Conocedor, Eugenio Filaleteo.

Así es cómo volvió vivificarse la Tradición Hermética en occidente.

LA PUERTA

A propósito de Los Cinco Libros de Nicolas Valois

En efecto, no se trata de un saber que, como los demás, pueda formularse de alguna forma en proposiciones, sino que es el resultado del inicio de un comercio repetido con aquello que es la materia misma de este saber, resultado de una existencia que se comparte con ella...

Platón[1]

Nicolas Valois escribió estos cinco libros para su hijo. Es un maestro único por la simplicidad y la precisión de su enseñanza. Pero este libro se cierra si es leído en la escuela de los avaros de este mundo; en la de las musas, no se saboreará sin paciencia, ya que el oro de Hermes es el desafío de un Saturno filosófico.

Que este Saturno te ligue al pote, si has asido a este mercurio que no se lee sin cocerlo. En efecto, el texto tiene dos caras, una de ellas es bendita; la otra no es más que una máscara donde se

1. *Cartas,* VII, 341c.

lee un ídolo. Si ligas el estudio a tu cabeza, tu oro se disipará sin provecho: debes ligar tu lectura a la labor, y, como dice el autor,

«Labor te será enseñanza a condición de que sigas el camino recto, considerando primero lo que buscas, para qué fin, y por qué medio».

Así pues, lector, la comprensión del presente texto vendrá de ti mismo. No esperes recibirla de nadie, sino de tu propia experiencia, «a condición de que», añade el autor, «estés en gracia».

Si el desafío de esta química tentó al avaro Dite, su pensamiento, no obstante, no tiene la medida del sentido que conviene a esta obra y leerá lo que escribe el Filósofo, sin haberle pesado la pluma. Los Adeptos de este Arte han acordado su química al sueño de los avaros de nuestra edad, por ello, su química tiene dos sentidos. En alquimia, existen cien términos diferentes para significar un solo PAN, pero no se le puede si no es entrampado. Mal pensar hará obrar con astucia, errar, perderse.

¿Qué más podríamos decir respecto a estos cinco pequeños tratados? Nadie puede excluirse de los mismos, ya que significaría excluirse de la gracia divina. En efecto, este libro no dice nada más que la obra de Dios: «En la Obra de Dios», escribe el autor, «y en esta Luz tan encubierta de los Antiguos se encuentra el sello de los sellos que abre y cierra el libro de vida, en el cual están escritos los nombres de los Elegidos y de los que aman a Dios y a su prójimo».[1]

Emmanuel d'Hooghvorst

1. Esta presentación fue publicada en francés en N. Valois, *Les Cinq Livres*, Ed. La Table d'Emeraude, París, 1992.

Los Cinco Libros

o

La Llave del Secreto de los Secretos

Libro I

Breve explicación según el sentido común y vulgar

Dios, que es eterno y todopoderoso, ha engendrado a su Hijo y de ellos procede el Espíritu Santo; un único Dios en Trinidad, quien ha creado el Cielo y la Tierra y todo lo que allí habita. También ha creado el Sol, la Luna y las Estrellas, que proyectan sus influencias en el vientre del viento, como en el primer vaso de Naturaleza.

Esta triple simiente es la que se convierte en la sustancia de todas las cosas que hay en el Mundo, es decir, en cada reino por

separado, sin que ninguno de ellos pueda pasar del uno al otro. En ellos, dicha simiente multiplica a su semejante por la virtud propia de cada reino, no por la retrogradación de éstos, sino por la reducción a su primera materia universal, que es el limbo de la naturaleza.

En el nombre de Dios todopoderoso aprende, mediante las siguientes enseñanzas, la intención de la naturaleza.

Cuando, en los últimos días de mi vida, dispuesto mi cuerpo a abandonar mi alma, no hacía más que esperar la hora del Señor y del último suspiro, nació en mí el deseo de dejarte estas palabras como un testamento. Te enseñarán diversas cosas bellas respecto a la muy digna transmutación metálica, hoy en día tan vilipendiada por el vulgar ignorante y tan ocultada por los Sabios que los que siguen el camino verdadero apenas pueden creerlo si no ven por experiencia la verdad de la cosa.

Por esta razón, te enseñaré los principios de la filosofía natural, a fin de que seas capacitado para esta ciencia genial. Pero como te dejo en una edad en que la discreción no está todavía en ti, tal como yo te la hubiera imprimido si Dios me hubiera dejado vivir más tiempo, te hablo con el temor de que tu corazón se aparte al igual que el rey de Judá- de las cualidades y condiciones de sus padres, como había previsto Salomón, padre de las ciencias. ¡Que las riquezas no corrompan el corazón benigno que tu nacimiento y mi ejemplo habían empezado a imprimir en tu corazón!

La mayoría de las veces, los hijos de un padre perverso suelen ser buenos, pero los ángeles también pueden dar a luz a demonios, por diferir tanto sus inclinaciones de las de sus padres.

No obstante, para evitar esta desgracia, que perturbaría el reposo de mi alma, tantas veces como abuses de este divino secreto para utilizarlo en iniquidades, quiero que sepas cómo Dios me lo dio por mis plegarias y buenas intenciones de utilizarlo adecuadamente, y cómo por El, he adquirido todos los bie-

nes que dejo entre tus manos y entre las de tus hermanos. Estos bienes perecerán en cuanto sus poseedores se perviertan en sus costumbres, ya que es un secreto que Dios reserva para sus elegidos, que cumplen sus mandamientos. Dios los escoge según la piedad de sus corazones, puesto que sabe penetrar el secreto de nuestras conciencias y prever los desbordamientos, generalmente provocados por las riquezas de los hombres mundanos; por ello, sólo concede su secreto a quienes son dignos de un tan gran tesoro, es decir, a los humildes de corazón, a los que tienen paciencia y caridad. Así, las virtudes te conducirán a este secreto elevado, a condición de que conozcas los principios metálicos y las operaciones de Naturaleza, ya que por esta naturaleza serás iluminado, siempre y cuando estés en gracia. Pero todavía omitiré algo: la verdad de la práctica, que encontrarás suficientemente descrita en los antiguos autores, a condición de que sepas descubrir sus intenciones ocultadas bajo una confusión de palabras, y sepas ordenar, como en una baraja mezclada, cada cosa según su valor. Te conduciré a este conocimiento mejor que ningún hombre vivo por lo que se refiere a la teoría y al conocimiento de los primeros principios, que son las llaves de la casa de Naturaleza en la que debes trabajar. Pero respecto a la práctica, no te detengas en mis escritos antes de haber recurrido a los autores, que dicen cosas buenas y malas.

Pero he aquí el secreto:

Has de saber que todos hablan de una misma manera, en dos maneras, una verdadera y otra falsa.

La verdadera sólo puede ser entendida por los iluminados que caminan rectamente y según Naturaleza, la cual, no obstante, está cubierta de comparaciones y de ejemplos expresados bajo nombres equívocos que no pertenecen a la Ciencia, aunque sean significativos de ella. Pues en esta ciencia se necesita una sola cosa y un único medio de operar, por una vía simple y natural, sin

perderse en la pluralidad de las cosas contrarias a nuestra única levadura.

La falsa consiste en una confusión de regímenes y drogas malas, pues aunque todo sea significativo de algo que pertenece a la ciencia, no obstante, no hay que considerar la calidad, porque Naturaleza es simple y sólo opera simplemente, empezando todas las cosas con un primer principio, llamado general, y acabando con la especie que desea producir. No es que usurpe el principio general para pasarlo a la especie, porque Naturaleza es poderosa sobre toda generación nueva y cada cosa, después de su tiempo, regresa a su primer limbo.

He aquí la primera llave de naturaleza, y si sabes observar bien este precepto, evitarás el principio de los errores en el que todos se precipitan antes de alcanzar el conocimiento verdadero.

Hay que ser un hombre muy simple, pero también constante, una vez se tenga el rayo de luz, pues si bien obstinarse en una idea errónea es perjudicial, la perseverancia en la verdad es provechosa. Te daré el ejemplo siguiente:

Cuando empecé a dejarme engañar por los sopladores, que mediante sus malditas prácticas destruyen el cuerpo y la salud del alma y del bolsillo, éramos tres viajando por el mundo con todas las incomodidades posibles y sometidos a cualquier opinión nueva. Bajo el dominio de los grandes y, algunas veces, esclavos de los más pequeños, tuvimos todas las dificultades imaginables para conseguir algún conocimiento nuevo, y tantas sofisticaciones no nos aportaron más que el pesar del tiempo perdido y de los bienes despilfarrados. Así, nuestra pobreza nos convirtió en objeto de mofa para todos.

Tras haber probado tantas materias, reducidos a la pobreza y como desesperados, nos retiramos de esos errores, y escudriñando con curiosidad entre nosotros los signos más demostrativos de las intenciones de los filósofos, nos percatamos de nuestra ceguera y reconocimos nuestros errores pasados. Saber a tantas personas consumiéndose como nosotros en aquellas investigaciones vanas y arruinadoras, fue para nosotros la causa de un nuevo disgusto. Verdaderamente, se puede decir que es una labor desprovista de carácter oneroso, pero los malvados falsarios vacían sus bolsillos, antes de conseguir acomodar sus vasos y aderezar sus hornos.

Así, tras haber repasado detenidamente los buenos libros, como los de Arnau de Vilanova, Ramon Llull, y El Código de toda Verdad (La Turba de los Filósofos), y después de tantos trabajos consagrados a este gran secreto, tomamos una resolución mediante la cual, por la gracia de Dios, hemos conseguido nuestro objetivo.

Sin embargo, uno de nosotros, se vio tan atraído por las sofisticaciones particulares y tanto deseó descubrir cada día cosas nuevas que le deslumbraran la vista, que no quiso deshacerse de ellas.

En 1420, cuando esto sucedió, yo tenía 45 años y, al cabo de 20 meses, vimos a este gran Rey, sentado en su trono real, haciendo primero proyección sobre el blanco y luego sobre el rojo, lo cual harás como yo, si te esfuerzas y si eres tal como se debe; pero por encima de todo temerás a Dios. No es necesario gastar tanto tiempo ni dinero, puesto que contando el tiempo que he estado en camino -te lo dejo por escrito- hasta la perfección de la Obra, sólo he necesitado 18 meses, a pesar de que falló una vez. Es lo mínimo, y por esta razón hay que ser dos, a fin de que si uno falla, el otro pueda suplirle, tanto en el trabajo como en el consejo. Deberás contar con la ayuda de un fiel compañero, dotado de las mismas virtudes que te he recomendado, y que nunca te abandone. Confiarás totalmente en él como en otro ti mismo, y sin ser pertinaz, algunas veces deberás seguir su consejo, del mismo modo que él seguirá el tuyo, sin adoptar nunca

una opinión particular más que por consentimiento de ambos. Y cuando falte el sentido a nuestro conocimiento, deberás recurrir a La Turba, al Codicilio y al Testamento de Llull, donde todo está enseñado desde el principio hasta el final, aunque a veces de forma enigmática. Y también al gran Rosario, la flor de las flores, a la Elucidación del Testamento, al Apertorio y a otros, donde la ciencia está completa, aunque las dos materias estén disfrazadas y ocultadas para los pretendidos sabios. Pero yo te las mostraré, si Dios te da la gracia de ello.

También encontrarás un pequeño tratado, compuesto por uno de nosotros, en el cual, si te esfuerzas, descubrirás parte de lo que he omitido, aunque te parecerá algo oscuro si no tienes esta viva luz y el conocimiento de las dos materias, ya que en la obra no entra nada más. He aquí un ejemplo:

Ante una ciudad sitiada hay una sola tropa, al igual que una agua dividida en varias gotas no forman más que una agua, y éstas reunidas no son sino un cuerpo. Del mismo modo, si los hombres están separados para atacar la ciudad, cuando aparece una brecha, todos en un solo cuerpo la asaltan y cada uno de ellos tiende al pillaje. A esto se parece la Obra.

Práctica según los Filósofos

Es una piedra de gran virtud, es denominada piedra y no es piedra, y es mineral, vegetable y animal. Se encuentra en todos los lugares, en todos los tiempos y en todas las personas. Hay que dejarla pudrir en el estiércol durante nueve días y, luego, destilar sus elementos. De ella nacerá un esperma multiplicativo de todos los metales, es decir, una semilla mineral que, perpetuándose por sí misma, alcanzará la perfección de una generación infinita.

Toma ocho onzas de lo que los filósofos te prescriben y tritúralo sobre un mármol, luego embébelo con doce onzas de aceite común de los filósofos hasta que se forme una pasta, que pondrás en el fuego y que disolverás. Y cuando veas subir la espuma roja, quítala del fuego, luego vuélvela a poner sobre él y repite la operación hasta que todo se vuelva espeso como cera fundida, de la cual se deberá extraer toda el agua virginal por vía filosofal. Después, separarás los elementos y los pondrás de nuevo juntos, proyectando sobre la plata viva y lo volverás a poner en la misma cantidad de Luna fina. Luego, continuando tu magisterio, se convertirá también en piedra roja, la cual tendrá la misma virtud sobre el rojo que sobre el blanco. Pero guárdate de la oscuridad. Hay algunos que engañan más de lo que enseñan, principalmente respecto a las operaciones, y te mandan utilizar lo que Naturaleza no necesita, porque en realidad hablan a los entendidos, ya que bajo esos enigmas todo está comprendido, pues hay que separar el buen grano de la paja, y no te desanimes si oyes hablar de esta manera:

Toma dos partes de Saturno, del Sol o de la Luna si es necesario. De Júpiter, tres partes de mercurio filosófico y la misma cantidad de Mercurio para hacer una amalgama que se vuelve piedra frangible, que triturarás varias veces sobre el mármol, embebido de vinagre muy agrio y de agua de sal común bien pre-

parada, embebiendo y secando a menudo hasta que contenga en sí una sustancia muy grande de los cielos. Entonces, embebe de nuevo con agua de alumbre, hasta que se convierta en una pasta blanda; ponla a disolver y después a congelar, y tendrás una piedra que convertirá a Júpiter en Luna.

Para el Sol, coge vitriolo depurado y calcinado rojo, y disuélvelo en orina de niños. Destila el conjunto, sigue repitiendo la operación hasta que el agua esté bien roja; entonces, junta esta agua con la precedente, antes de que esté congelado, y pon las dos aguas bajo el estiércol durante cierto tiempo, a fin de que sean mejor incorporadas y destiladas juntas. Congélalo todo y obtendrás una piedra roja como un jacinto. De ella, proyectarás una parte sobre siete de mercurio o saturno purgado y será Sol rojo.

Los libros enseñan todo lo que se requiere y en demasía, pero como he dicho, siempre bajo figuras y alegorías. Sin embargo, has de saber que todas las materias mencionadas por los filósofos no son las materias en su esencia, sino que son figurativas de los efectos producidos por estas dos y únicas materias de la Obra de los filósofos.

Del primer agente o principio
Del cuerpo

La piedra de los filósofos no es otra cosa que el Oro muy perfecto, es decir, llevado a un tal grado de perfección que pueda perfeccionar todos los cuerpos imperfectos. Así pues, el oro es esta piedra, pero no se trata del oro vulgar, ya que está muerto y el nuestro está vivo. Este es el que hay que coger. Pero has de saber cual es este oro vivo. Cuando los frutos llegan a su madurez, producen semillas mediante las cuales podrán ser multiplicados al infinito.

Así, el oro es un fruto, pero que nunca ha adquirido su madurez en las mineras y, por consiguiente, se dice que es un oro muerto, pues su semilla es la que puede hacerlo vivir y vegetar, al igual que los dos otros reinos.

Podemos imaginar esta semilla que ya se encuentra en él en potencia, puesto que ha sido creado para multiplicar, como sus otros dos hermanos; de no ser así, podría ser llamado el impotente de la naturaleza.

Verdaderamente posee esta semilla imaginada, que Naturaleza ha intentado volver efectiva por todos sus medios, pero al no ser sus fuerzas suficientemente grandes, requiere la ayuda del artista. Por ello se dice: «ayúdame y te ayudaré».

Ten por muy cierto que el oro es el comienzo de nuestra gran obra, pero no en el estado en que se encuentra, ya que es duro, sólido y muy unido en todos sus componentes. Es necesario pues, romperlo y luego hacer que Naturaleza opere. Por esta razón, también se dice que hay que reducirlo a su primera materia, que no es otra cosa que plata viva, de la cual dicho oro ha sido primeramente creado y engendrado.

Sin embargo, para reducirlo a esta primera materia es necesaria una ayuda, es decir, una cosa líquida (como el azafrán expele

su tintura), pues ¿qué otra cosa sino una materia líquida puede convertir un cuerpo duro y seco en estado líquido? Del mismo modo, el barro está hecho de agua y tierra.

Hace falta, pues, una agua tibia en la que dicho cuerpo se convertirá, y de espeso, se volverá cenagoso y fangoso. Y eso ocurre por dos razones.

La primera es para limpiar dicho cuerpo y purgarlo de las antiguas impurezas que por naturaleza han permanecido en él. Solo puede ser limpiado quitándole su dureza, ya que en el estado en que se encuentra, o incluso fundido, nada puede serle separado, pues está tan bien unido que una parte siempre sigue a la otra. Pero tras haber sido ablandado por la solución de la cosa que desea, las evacuaciones se realizan por sí mismas, y las impurezas se separan de las cosas puras.

Los filósofos han encubierto totalmente esta reducción hablando sólo de forma velada, diciendo, por ejemplo, que hay que convertir los elementos unos en otros, lo cual los ignorantes explican según un sentido equivocado, pues creen que hay que separarlos.

Esta separación es la conversión de dichos elementos y es llamada sublimación, calcinación y disolución, y tales nombres son utilizados únicamente para poner a los ignorantes en el camino del error.

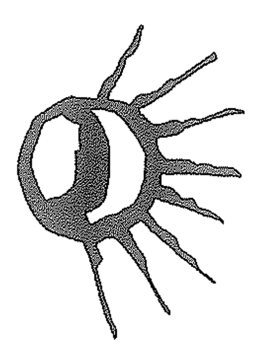
Así pues, ese cuerpo, primer agente de los filósofos, es el oro que hay que hacer pasar por los cementos u otras purgaciones para limpiarlo de las mezclas que su cuerpo podría contener; luego, para convertirlo en pedazos pequeños o en un polvo sutil que se deberá desunir en una agua, y seguir disolviendo hasta que el cuerpo entero esté disuelto, de manera que sólo quede agua. Todo ello se realizará en varias aguas que, no obstante, no son más que una misma agua.

Una vez esté todo disuelto, habrá que pasar las aguas y extraer de ellas el alma de dicho cuerpo dentro de estas aguas, luego, el aceite o bálsamo; a continuación, serán reunidos con el cuerpo imperfecto.

Este trabajo consiste únicamente en imitar a la naturaleza y sus depuraciones, destilaciones y congelaciones filosóficas.

Por esta razón, se dice: observa como trabaja Naturaleza e imítala con la mayor precisión posible, ya que sólo deberás ablandar el cuerpo sobre el que trabajas con el agua que te enseñaré, pues ya te he dicho con certeza cuál es ese cuerpo.

Pero guarda este secreto oculto y no lo reveles a nadie.



Del segundo principio
Del espíritu

Algunos han considerado que el agua, primer principio de los filósofos, era la simple agua elemental, o de lluvia, o de mar; o que era el rocío del cielo. Otros, la han buscado en las simples hierbas, en los animales y en otras cosas heterogéneas, interpretando siniestramente el decir de los filósofos y apegándose a sus palabras en vez de captar sus intenciones, como por ejemplo, cuando hablan de aguardiente, de vino tinto o blanco, de vinagre, de aceite de tártaro y de cosas parecidas, o bien, del agua de nuestro mar. Has de saber que hablan de diversas maneras; así, cuando dicen «mercurio» o «nuestra plata viva», es porque la palabra «nuestra» tiene otro sentido. En efecto, si dijeran «agua del mar», podríamos sentirnos decepcionados en este punto, pero el agua de «nuestro mar», que es el mar de los filósofos, es otra cosa. Por «nuestro mar», entienden:

1. La generalidad de dicha agua, ya que está por todas partes, en todos los lugares.

Está en el cielo, puesto que el cielo la engendra; en el aire, porque no es más que aire, y en la tierra, para producir en ella todas las cosas.

2. Llaman «nuestro mar» a la obra entera y tan pronto como el cuerpo está reducido a agua, de la que dicho cuerpo fue compuesto al principio.

Esta agua es llamada agua de mar, porque es verdaderamente un mar en el que numerosos sabios barqueros han naufragado por no tener a ese astro como guía, que nunca falla a los que lo han conocido una vez.

Es esta la estrella que conducía a los sabios hacia el alumbramiento del hijo de Dios y la misma que nos ha hecho ver el nacimiento de este joven rey.

También hay otra agua de «nuestro mar», de la que habla Augurel cuando escribe:

> «El agua a que me refiero es exteriormente un polvo, cuya especie propiamente es el gran elixir, el cual, reducido a un polvo impalpable blanco o rojo, hace maravillas si es aplicado a toda clase de cuerpos imperfectos y de enfermedades. Esta es la primera agua, pero sublimada siete veces y, otras, diez».

Los que la llaman aguardiente, vino tinto, vinagre y demás también dicen la verdad, ya que es una agua vivificante que hace crecer y vegetar todas las cosas.

Es un vinagre poderoso y fuerte y, para decirlo en una palabra, es una agua fuerte que tiene el poder, sin ninguna otra ayuda que la propia, de convertir a todos los cuerpos en su primera materia, puesto que ella es quien lo mata todo. Se encuentra en las matrices de las madres para procrear a los niños, pero también, en las tumbas para consumirlas y devolverlas a su primera nada.

Aunque algunos hayan defendido las aguas fuertes, que los detractores y charlatanes utilizan para corromper y quebrantar los cuerpos de los metales, entienden que estas aguas fuertes están hechas de varias composiciones y elementos contrarios a la sustancia y a la calidad de nuestro sólo y único sujeto.

Porque nuestra agua se saca de una sola y única cosa, que contiene en sí todas las cosas del mundo. Y si hubiera en ella algún elemento extraño, nunca podría producir sus efectos, a menos que dicho elemento fuera separado de ella.

Tal es la razón por la que debe ser preparada antes de cualquier cosa, así como el cuerpo, por temor a que alguna mezcla y elemento contrario se oponga a la conjunción de ambos.

Se trata pues de una agua fuerte, ya que si no tuviera una gran y admirable fuerza, ¿cómo podría devolver la perfección del cuerpo a su primera materia?

El espíritu de sal común disuelve bien el oro pero no se mezcla con él inseparablemente, mientras que nuestra sal disuelve el oro por una disolución tan admirable, que no hay ninguna diferencia entre el oro y el agua, que se convierten en una sola cosa, y la causa de ello te la voy a decir.

En su primer principio, el oro fue hecho de tierra y agua, es decir, de azufre y mercurio, los cuales, al ser juntados por la mezcla de la naturaleza ingeniosa, fueron cocidos a lo largo del tiempo y endurecidos en la montaña, donde dichas materias se encuentran. Pero en esta cocción, la tierra se fue separando progresivamente, a medida que la disposición y la digestión avanzaban, después, no obstante, de haber empezado la corporificación y la congelación de dicho cuerpo. Y esto es lo que le convierte en el más perfecto de los metales, en los cuales ha permanecido el azufre por no haber sido purgados como el oro; o bien, por no tener la matriz un fuego suficientemente potente; o bien, por la impureza del azufre que no ha podido ser dispuesto para esta separación.

Así, el oro no es otra cosa que agua condensada en las mineras por cierto grado de digestión y decocción y esa misma agua es la que hay que darle de beber para hincharlo y pudrirlo como un grano de trigo. Pero a pesar de que Naturaleza lo haya digerido y cocido por la irradiación de su gran calor, todavía no es perfecto si permanece en él alguna imperfección y humedad, que le es inseparable, por más que uno se esfuerce.

Si no tuviera esta humedad, no sería fusible, ya que dicha humedad da entrada a nuestra agua y convierte todo el cuerpo en

ella, como la levadura convierte toda la masa en su substancia, a fin de que, una vez el agua haya convertido el cuerpo en agua, también dicha agua se convierta en cuerpo por la virtud de esa levadura.

Sin embargo, en primer lugar ocurre una lucha entre ellos, de forma que ambos se devoran por una putrefacción áspera y violenta.

Esta agua prisionera es la que grita: «Ayúdame y te ayudaré», es decir, ensánchame fuera de mi prisión, y si alguna vez consigues hacerme salir de ella, te haré maestro de la fortaleza en que estoy.

Así, el agua que permanece encerrada en este cuerpo es de la misma naturaleza que aquella que le damos de beber y que se denomina MERCURIO TRISMEGISTO, de que habla Parménides, cuando dice: «Naturaleza se regocija en Naturaleza, Naturaleza vence a Naturaleza, Naturaleza contiene a Naturaleza». Ya que esta agua encerrada se regocija con su compañera, que viene a liberarla de sus cadenas, y se mezcla con ella, rechazando todo lo que les es contrario, que es la preparación. Son convertidas en agua mercurial y permanente.

«Naturaleza vence a Naturaleza» porque la cantidad de agua añadida reiteradamente obliga el cuerpo a disolverse, y sometiéndolo a ella, gracias a la entrada que le da la prisionera, fuerza el cuerpo a la disolución. Es una vía sobrenatural que deshace, mediante el arte, la obra de Naturaleza sin destrucción del cuerpo.

«Naturaleza contiene a Naturaleza», es decir, que el cuerpo contiene el espíritu y el espíritu contiene el cuerpo, ya que después de la disolución se hace la congelación, como quien dijese: «ayúdame a disolver y te ayudaré a congelar». Con mucha razón nuestra agua divina es llamada la «llave», «luz», «Diana» que ilu-

mina en la oscuridad de la noche, pues es la entrada de toda obra y la que ilumina a todos los hombres.

Es el pájaro de Hermes que no halla reposo ni de día ni de noche, ya que no hace más que intentar corporificarse en todos los lugares de la tierra. Todo su centro está lleno de este espíritu y es como un punto en el que convergen un número infinito de rayos por toda la substancia.

Ahora bien, te diré la manera de conocer dicha agua, pero si el amor que siento por ti me hace cometer aquí un pecado, ruega a Dios que me perdone y me guarde de cualquier castigo a causa de tu imprudencia.

En primer lugar, has de saber que algunos la han buscado en diferentes drogas, como en antimonios, sales, alumbres, vitriolos y tintas, pero nunca encontraron en ellos lo que buscaban ni lo encontrarán, puesto que aquel que no sabe lo que busca, tampoco sabe lo que debe encontrar.

Primero, hay que conocer por la imaginación, en vez de pensar que se consigue por azar; y es una locura si antes no se ha concebido claramente en el entendimiento.

A modo de ejemplo, te diré lo siguiente ¿cómo podríamos encontrar a un hombre entre una muchedumbre infinita, si no le conocemos o si no disponemos de ningún rasgo particular sobre su forma de vestir o de su persona?

Esta agua en un cuerpo se encuentra en el interior de todos los cuerpos del mundo. Por ello, buscan nuestra agua en el antimonio, vitriolos y otros, que son los nombres que los filósofos le han dado expresamente, tanto para desviar a los ignorantes, como por cualquier otra razón, puesto que nada se dice inútilmente. Además, nuestro magisterio puede ser comparado a todas las cosas que hay en el mundo.

Uno dice que hay que tomar sal de piedra simple, el otro, sal amoníaco, vitriolo, y así, con una multitud de drogas, y dicen la verdad, ya que nuestra materia es sal de piedra, sal amoníaco y vegetable y universal, y no halla reposo mientras no está corporificada en una tierra virgen; luego, de cuerpo se convierte en espíritu y así al infinito, o bien, hasta que haya llegado a la producción de alguna cosa, como una especie o forma comprendida en algún reino. A continuación, por ella misma destruye su propio compuesto para regresar a su primer limbo, ya que en el mundo nada se pierde ni se convierte en nada, sino que todo permanece en su integridad.

Ocurre únicamente que todo cambia de forma y de lugar, como el agua se eleva en vapor y después se convierte de nuevo en agua, pues todas las cosas acaban donde han empezado y regresan al lugar de donde han salido.

Pero he aquí la diferencia que hay entre estas malvadas drogas y nuestra verdadera sal amoníaco.

Todas son formadas bajo tierra y en ciertas regiones, o bien, son compuestas con industria por los hombres y contienen en ellas alguna sustancia fuerte que bien puede corromper y desunir algún metal. Esto ha hecho pensar a los ignorantes que todas esas aguas pueden ser NUESTRA plata viva, ya que tienen la fuerza de disolver, y que nuestra plata viva debe ser un disolvente.

Este error está verdaderamente basado sobre alguna apariencia ligera, pero no tiene ninguna razón de ser, ya que no tienen en cuenta las palabras de los filósofos, quienes enseñan que hay tres reinos, cada uno con sus particularidades, y ninguno puede usurpar nada de otro ni interferir en los demás. Estos tres reinos subsisten por sí mismos, sin tomar nada prestado de los demás, a parte del animal del cual dependen los otros dos, pues ninguno de estos dos posee tal poder, ya que están sometidos al animal y no el animal a ellos, ni tampoco cada uno de los dos está sometido únicamente al otro.

Así, los que han trabajado sobre los animales, creyendo encontrar alguna cosa metálica, han sido completamente cegados, al igual que los que han trabajado sobre los vegetales.

El animal sólo puede engendrar el animal, ya que cada cosa produce su semejante. Los operadores vulgares, que por sus calcinaciones, disoluciones, sublimaciones, etc., creen convertir y cambiar una especie en otra, están muy equivocados, porque no se puede cambiar las naturalezas de las cosas. Eso pertenece únicamente al hacedor, que es la naturaleza misma. Tales personas suelen estar adoctrinadas por el diablo.

Otras más sutiles, al considerar estas cosas abandonan estos dos reinos y van al mineral, pues tienen en cuenta la sentencia: «que cada cosa engendra a su semejante». Pero en realidad no la observan, ya que a veces hay tanto peligro en coger el mineral para producir una semilla mineral, como el vegetal o el animal.

La razón de esto es que no hay ninguna materia metálica que contenga verdaderamente en sí una semilla. De la misma manera, no hay ningún metal, por puro que sea, que no contenga impurezas, y ninguna impureza puede llevar una semilla, porque la semilla es una quintaesencia muy noble que no puede proceder más que de un cuerpo muy perfecto.

Ahora bien, Naturaleza nunca ha podido llevar los metales a esa perfección. En esto consiste la labor del Artista, pues conviene buscar una cosa que tenga el poder de abrir el cuerpo más noble, separar de él lo superfluo, y poner en ella la semilla de éste.

Esta cosa es una agua llena de fuego que, por su cualidad húmeda, ablanda a los cuerpos y por esta razón es denominada «agua fuerte, engendrada del Sol y de la Luna, que contiene el poder de destruir y de vivificar».

Para expresarme mejor, te diré lo que he podido comprender al respecto desde el tiempo en que bogo, como los otros, en este mar extranjero.

Has de saber que nuestra agua, que es llamada «mercurio crudo e imperfecto», es una agua fuerte, parecida a las demás aguas fuertes por lo que se refiere a su cuerpo y a sus efectos, pero también muy diferente, porque las demás son propias y particulares para la disolución de algún cuerpo, y la nuestra es general y disuelve todo lo que hay en el mundo. Aquellas se encuentran en algunas partes de la tierra, pero ésta en todo lugar, incluso delante de nuestros ojos, y no hay nada que no esté lleno de ella.

Y aunque esté en todas partes, no obstante, tiene un cuerpo que nos la hace visible, el cual no es más que una sal pura y verdadera. Puesto que es una tierra blanca y virgen que todavía no ha producido nada, ya que si hubiera producido algo, nos sería inútil.

Es una verdadera sal amoníaco, pero he aquí la diferencia.

La sal amoníaco vulgar disuelve el oro pero no de manera perfecta, en cambio la nuestra sí lo hace, y la plata también, y se mezcla íntimamente con ellos de forma inseparable; además, la sal vulgar en su comienzo, después de la corporificación, es una tierra impura que no es de la naturaleza de los metales perfectos, pues vemos que la tierra tiene sus propiedades particulares y produce cada cosa según la disposición de los lugares y las cualidades de dicha tierra.

Así, las tierras impuras y de cualidades malvadas han corrompido el mercurio contenido en ellas y han devuelto a la naturaleza su elemento. Habiendo así contraído una tal alianza entre sí, no podemos separarlos con nuestra agua, puesto que

sería vano pretender unirla a la que está contenida en el oro, porque la impureza de estas tierras groseras lo impide, ya que son heterogéneas. Pero nuestra materia o tierra todavía no ha tomado ninguna forma particular, es decir, en la que pueda permanecer, como el vitriolo en la caverna vitriólica nunca puede ser otra cosa que vitriolo, a diferencia del nuestro. Pues es una tierra universal, Padre y Madre, que es llamada Virgen, porque todavía no ha producido nada.

Esta doncella es BEYA, que todavía no ha sido corrompida ni ha perdido su libertad, para casarse con cuerpos informes y mal tratados, al igual que las cautivas, que no pueden salir nunca de sus prisiones sin el socorro de los hombres.

Así, conservando su libertad y su integridad, vemos de una forma filosófica a este astro luminoso dar vueltas y circulaciones infinitas antes de llegar a alguno de los reinos; previamente, deberemos sorprenderlo finamente sin esperar que haya entrado en alguno de estos reinos.

Te daré el siguiente ejemplo al respecto:

El agua común nos sirve a todos y es aplicable a todas las cosas porque es un cuerpo al que se le pueden añadir todas las cosas que se deseen. Es apta para recibir todos los gustos, colores y sustancias deseadas, siempre y cuando se tome en su pureza natural, ya que si anteriormente se le hubiera mezclado absenta, sal o algún veneno, entonces tomaría la sustancia de los cuerpos que le han sido mezclados. Y si estuviera unida inseparablemente a éstos, nos sería inútil y venenosa, como lo es el agua de mar que no puede ser empleada para las necesidades de la vida humana a causa de su carácter póntico. Observemos como los marineros están obligados a proveerse de agua dulce para el tiempo de su viaje.

Así, el Mercurio contenido en todas las especies es, sin duda alguna, nuestro mercurio universal; pero bajo esta forma nos es inútil para esta obra porque ha adquirido una afinidad tan grande

con la cosa que lo contiene, que no puede ser separado de ella sin recibir la cualidad y la sustancia de la cosa con la que ha realizado su alianza. Ya que dicha cosa, que es su azufre y su cuerpo, bien sea animal, vegetal o mineral, lo ha vinculado tan estrechamente a todas sus condiciones y humores, que no puede producir otras especies de ninguna otra forma que mediante el antedicho azufre, o al menos parcialmente, al igual que dos gérmenes diferentes no anulan su efecto mutuo pero que, sin embargo, no producen más que monstruos.

Ahora bien, el mejor consejo que te puedo dar, querido hijo mío, es que si tu compañero te dice: «nuestro mercurio universal está en el antimonio, el alumbre o el vitriolo, porque son materias puras y limpias que contienen un espíritu penetrante y fuerte como el que buscamos, y son del reino mineral o metálico», o bien: «los filósofos dicen que nuestra materia es una sal pura. La sal se encuentra en todas partes. El espíritu de sal disuelve el oro, por consiguiente, nuestro mercurio es la sal común», tú le contestarás: «los Filósofos dicen verdaderamente que nuestra primera materia es una sal, pero sus palabras tienen varias explicaciones. Y aunque en la Obra haya varias sales, quiero decir varios regímenes, sin embargo confieso que nuestro primer sujeto es una sal pura que se encuentra universalmente en toda la tierra».

Pero he aquí la diferencia:

Ya he dicho que todas estas drogas, de las que se ha hablado anteriormente, son materias impuras, formadas en una tierra particular y unidas a un espíritu procedente del manantial vivo. Son materias denominadas metálicas porque están en el reino de los minerales, pero sus espíritus han sido corrompidos y deteriorados por las cualidades contrarias de su azufre impuro.

Digo ahora que la sal común tampoco es la piedra porque no es universal y es un cuerpo formado por la naturaleza como los demás cuerpos, que nunca puede cambiar por sí mismo ni convertirse, o para decirlo mejor, ni producir nada, como lo hace

nuestra sal natural y vegetable, que procrea todas las cosas porque es el espíritu del Universo, del que se saca la semilla de naturaleza.

Para decir claramente lo que es, diremos que es un fuego encerrado en una agua, que toma la forma de un cuerpo terrestre a partir de una materia no vinculada ni destinada a ninguna cosa, pero capaz de convertirse en cualquier cuerpo a causa de su pureza.

Es una pura sal blanca, una tierra frondosa y virgen que todavía no ha producido nada. Esta sal se engendra a sí misma y va hasta el punto que le place sin la ayuda de ningún hombre.

Y para demostrar que la sal común y otras que se han encontrado en diferentes regiones, en los abismos de sus cavernas vitriólicas no son nuestra materia, podríamos plantear la siguiente pregunta: ¿quién ha visto u oído que alguna de esas materias se haya convertido en grano, en flor, o en fruto, como ocurre cada día con nuestra sal vegetable? Te la enseño tan claramente, que cuando te diga su propio nombre no me creerás, a menos que la entiendas con mis palabras.

Y no sé de donde saco el atrevimiento de hablarte tan abiertamente. Pensaría merecer un castigo si el amor paterno del Padre por el Hijo no sirviese de excusa a la ofensa cometida.

Por esta razón, no me atrevo a seguir con el resto de la obra, pues temo incurrir en falta, porque hablo demasiado, y los otros demasiado poco.

Y este es el punto en que todo el mundo ha errado, ya que es la entrada del jardín, que los filósofos han ocultado tanto o que han encubierto bajo enigmas y engañosas apariencias.

Es la llave de toda la obra, y aunque encuentres en mis libros y en los de todos los demás cosas difíciles de entender, has de saber, no obstante, que puedes comprender todo fácilmente en

breves palabras y que esta agua es el comienzo, el medio y el final de todo el magisterio.

Pues no hay ninguna otra cosa que nos importe sino ella, que disuelve, congela y devuelve finalmente al cuerpo la perfección total de la piedra noble, llamada mineral, vegetal y animal, porque tiene como fundamento material el cuerpo más perfecto de naturaleza, que es el sol llameante, padre y causa primera de esa nueva creación.

Es vegetable porque tiene similarmente como madre y primera materia lunar a este cuerpo imperfecto que es matriz, agua vegetable, porque es la fuente universal de todas las cosas que tienden a la vegetación.

Y es llamada animal porque el cuerpo que está muerto recobra vida en esta agua y se nutre de ella como de la leche de los blancos pechos de su primera nodriza. Rápidamente, adquiere en ella una forma y una potencia admirable.

Esta es el agua mística tan industriosamente escondida hasta ahora, que te hago toca con el dedo si eres tal como debes ser; ¡quiera Dios concederte su gracia como me lo hizo a mí, no por ningún mérito mío, sino por una buena voluntad que tiene hacia aquellos de sus hijos que son humildes y caritativos!

Te hablo en calidad de padre y no en calidad de filósofo, pues no lo soy, y al declararte pocas cosas en apariencia, piensa que te revelo mucho, quizás más de lo que jamás ningún hombre ha dicho, pues lo que omito, lo enseñan muchos otros, y nadie te habría revelado nunca lo que te acabo de decir.

Además, es razonable dejar algunas cosas para tu labor, ya que la poca dificultad que tendrás te hará estimar lo que quizás habrías despreciado a causa de una tan gran facilidad.

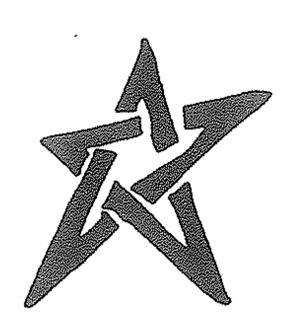
Considera solamente la intención de los buenos autores que te he enseñado; en ellos encontrarás revelado lo que yo omito. Y para que no digas que te enumero tantos libros para confundirte,

has de saber que el menor de ellos te enseña toda la obra, y hay algunos que la repiten varias veces.

Pero te señalo los autores en que más debes confiar. Si los puedes leer todos, mejor será, a condición de que vayas con cuidado con sus ambages y que sepas discernir sus intenciones en sus palabras, pues uno puede aclarar mejor que otro tal o cual cosa, ya que cada uno tiene su propio estilo y sus palabras son más o menos inteligibles según lo que quieren manifestar con más o menos claridad.

Querido hijo mío, ruega a DIOS por mi alma y conserva este tratado tan fiel y secretamente como conviene. Y que no caiga en malas manos.

Laus Deo



Libro II

Querido hijo mío, aunque estaba dudando mucho de si iba a divulgar la Santa Ciencia y Filosofía -por temor a ello, me iba a detener en los dos principios precedentes-, la buena voluntad y la confianza en tu prudencia me incitaron a darte además este pequeño tratado, gracias al cual tendrás más aclaraciones sobre los principios y, especialmente, sobre la primera agua mística de los filósofos, que es la madre de todos los metales y de todas las cosas que hay en el mundo. No es otra cosa que una agua ardiente, en la cual tu cuerpo tiene que ser roto y despedazado para ser llevado posteriormente, por los grados de la digestión, hasta una sublimación perfecta.

Esta agua es realmente una agua ardiente que debe ser sutilmente extraída de una tierra pura y virgen, y después debe ser revivificada hasta que no quede ni tierra ni agua extranjera, y hasta que se haya vuelto clara como la plata pura, de la que se necesita gran cantidad.

Ahora bien, si no te la he dado suficientemente a entender en mis capítulos precedentes, no has de acusar a mi libro, sino a ti mismo, pues es que no estás en gracia, ya que en realidad, te he declarado la verdad de la cosa.

A fin de darte toda ocasión y medio de alcanzar este punto que abre los ojos y los corazones de los hombres, quiero repetirte las mismas palabras, a condición de que mantengas el secreto y que ni la avaricia ni la codicia te hagan buscar la riqueza.

En la Obra de Dios y en esta Luz tan ocultada de los antiguos se encuentra el Sello de los Sellos que abre y cierra el libro de

Vida, en el que están escritos los nombres de los Elegidos y de los que aman a Dios y a su prójimo.

Has de saber, pues, hijo de la doctrina y el más querido de mis hijos, que el Sol, la Luna y las estrellas envían perpetuamente sus influencias al centro de la Tierra. Para llegar allí, primero hay que pasar por las regiones medianas del aire, donde las influencias están agrupadas; mezcladas y unidas unas con otras, son posteriormente destiladas en los poros de la tierra hasta su centro, depurándose de arena en arena, hasta la última gota de su humedad aérea.

Así, el Aire está lleno de esas influencias, y la Tierra también, y no hay nada en el mundo que no esté lleno de ellas, porque es el centro de todas las cosas y el alma universal de todos los cuerpos.

Esta semilla tiene una gran abundancia de dos cualidades, que son calor y humedad, por las cuales aparecen todas las cosas que hay en el mundo, siempre con la condición de que se produzca el acercamiento del primer macho, que es el fermento que se une a dicha semilla, pues éste la atrae y la convierte en su naturaleza, produciendo así las diversas especies y ordenándolas según la voluntad y primera ordenación del Todopoderoso, a fin de que nada sea confundido y que cada cosa produzca los frutos de su naturaleza.

El calor de dicha semilla está escondido en su centro y, por lo tanto, es invisible. Pero la humedad es su cuerpo o su esperma, que engordándose en el aire, requiere una separación y purgación filosófica, que es la preparación de los extremos, la cual tiene que ser considerada con madurez según la operación de la naturaleza.

Esa semilla, llamada Mercurio Trismegisto por Hermes a causa de su triple virtud, al pasar de un lugar a otro en las huellas y vetas de la tierra, purga y limpia dichos lugares por una reiteración infinita, ya que estas humedades se suceden, como las olas

del mar, hasta alcanzar su fin o término, que es el hogar en el centro de la tierra.

Habiendo alcanzado este lugar, el agua elemental, o agua engordada por el aire se ha separado del aire puro que, a su vez, ha sido elevado por el fuego céntrico hasta la superficie en forma de vapor, del mismo modo que dicha agua había descendido en humedad acuosa hasta encontrar una tierra purificada gracias a las evacuaciones precedentes, para vincularse y unirse a ésta que, según su pureza o impureza, produce el oro, la plata y otros metales.

Pero cuando dicho vapor no encuentra esta tierra, o bien, cuando esta tierra no está encerrada entre otras tierras, -como los lugares donde se crean las mineras-, sino que es totalmente porosa, este vapor no puede cocerse y se eleva siempre hacia la circunferencia, donde produce, por la atracción del sol celeste, las hierbas, los árboles y todas las demás cosas. O bien, este vapor es congelado por el aire en cierto cuerpo blanco, algunas veces mezclado con la grasa de la tierra, o a veces también visible en los lugares donde puede adherirse. Luego, al entrar en contacto con la lluvia u otra humedad es disuelta de nuevo y arrastrada hacia abajo por una circulación infinita.

Rumia pues en tu espíritu cual puede ser esta materia, ya que si no la conoces con esto, no hace falta que te informes más, pues nunca la conseguirás.

Ahora bien, los que necesitan este vapor, que permanecería siempre imperceptible a nuestra vista si no tomara el cuerpo de la parte más pura de la tierra, bien saben tomarse su tiempo, y no esperan que este pájaro haya reemprendido el vuelo, sino que con una mano industriosa y sutil lo separan de este cuerpo y, doblando o triplicando su labor, lo limpian completamente de su acuosidad y de su terrenidad grosera y elemental.

Pues no debe permanecer nada de extraño a él, ya que pondría un impedimento a la Obra, por cuanto la humedad disminui-

ría la fuerza del espíritu y la terrenidad espesaría el cuerpo, en vez de volverlo diáfano.

En realidad, nuestra intención principal no consiste en nada más que en coger este cuerpo, según la imperfección en que le ha dejado la naturaleza y perfeccionarlo mediante el Arte.

Es decir, que Naturaleza tiene el propósito de purgar completamente este cuerpo de dicha tierra en su minera y luego cocerlo hasta su perfecta madurez, lo que equivaldría al Elixir perfecto. Sin embargo, el impedimento procede del aire que, al traspasar las paredes del horno de Naturaleza, enfría las materias, aunque Naturaleza haga todos los esfuerzos para superarlo.

Pero explicaré como se produce la reunión de los principios.

En primer lugar, hay que observar que los principios de los metales no son más que Azufre y Mercurio, es decir, el calor y la pureza de la tierra para el azufre y el vapor húmedo para el mercurio. Este vapor húmedo es el mismo que ha limpiado y purificado el azufre de sus terrenidades sulfurosas, reduciéndolo, a fuerza de destilaciones, a una materia grasa en varios y particulares lugares de la tierra, encerrado algunas veces en un lugar donde el calor procedente del centro es retenido por una bóveda natural que la hace reverberar sobre esta materia; otras veces también, en un lugar vacío y rodeado de poros, por donde el calor se dilata, en estos lugares nunca se produce ningún metal. Pero en el lugar rodeado de calor, donde esta grasa se ha ido amasando a lo largo del tiempo y de las destilaciones naturales, cuando llega dicho vapor, éste se une a la grasa y se pudren juntos, ya que el uno resiste al otro. Cada día el vapor supera el azufre y lo digiere, de forma que se consume en dicho mercurio, que aumenta a medida que su enemigo disminuye.

Así, el oro no sería más que mercurio cocido por la virtud y fermento del azufre, el cual, así separado del mercurio, nos daría un cuerpo tan lúcido como el sol, pero como ya lo dije anteriormente, el aire interviene e impide la separación total y, por consiguiente, la madurez. Por esta razón, el oro no lleva ninguna semilla, ya que no podría ser madurado antes de que el azufre esté bien digerido o separado. Del mismo modo, el oro vulgar no es diáfano a causa del azufre terrestre que llena su cuerpo, y los demás metales lo son todavía menos, cada uno según su grado, ya que contienen más cantidad de azufre malo.

Por tanto, hay que empezar nuestra obra por la separación del azufre, que nunca podrá ser extraído sin reducir primero el cuerpo a su primera materia, es decir, al estado en que estaba en la minera cuando el aire vino a congelarlo. Esta no es una labor muy dificil para el que entiende y conoce esta primera materia, ya que ella es quien lo hace todo.

Pero los que nunca la han alcanzado, o que no tienen esta luz la considerarán como algo imposible, alegando lo maravilloso de la cosa o la oscuridad de los autores que han escrito sobre ella, ignorando que su intención en la mayoría de los casos apuntaba más a esconder que a enseñar esta ciencia. Éstos se han contentado con afirmar que la ciencia era verdadera sin enseñar su camino, y así la han escondido, pues no se trata de una búsqueda sutil, sino simplemente natural.

El primero que la encontró no tenía ningún libro, pero seguía a naturaleza, observando cómo y con qué ésta trabaja.

Quienquiera que desee alcanzarla debe, en primer lugar, temer a Dios, luego, observar como se producen todas las cosas y, a ejemplo de dichas cosas naturales, sacar conclusiones firmes y correctas. No deberás indagar las experiencias humanas, puesto que el trabajo es abusivo, incluso si el todo no consiste en nada más que en experiencias; pero sólo es después de buenas y fuertes resoluciones filosóficas.

Así, por ejemplo, ¿de qué serviría poner dos materias juntas en un horno en espera de los colores, si no se trata de las verdaderas materias de la Piedra? Y todavía más, aunque fueran las verdaderas materias de la Piedra, ¿de qué serviría todo esto si no

estuvieran bien preparadas? Puesto que sin la preparación, no podrían mezclarse adecuadamente por medio de una boda verdadera ni se podría realizar ninguna conjunción, a causa de las impurezas contenidas en dichas materias. Por esta razón, en primer lugar, hay que conocer las materias y sus sustancias, no a través de opiniones mal fundamentadas, sino mediante un entendimiento sólido y bueno.

De la misma manera, cuando se dice que los filósofos tienen un oro vivo, y que el oro vulgar está muerto, ¿quién es el ignorante que osaría afirmar que hay en el mundo otro oro que el vulgar, que incluso si está muerto, es no obstante la cosa más pura de toda la tierra y el último resultado de la naturaleza? Por tanto, ésta es la materia sobre la cual debemos empezar nuestra obra y entender esa diferencia, antes o después de la preparación, pues gracias a ella, en el lugar que estaba enterrado en un sepulcro ha sido resucitado y encaminado hacia la vegetación.

Lo mismo ocurre con aquellos que piensan que el agua común o agua de mar u otras innumerables aguas son nuestro espíritu universal, tras haber declarado al respecto muchas cosas bellas e insólitas, cosas que no se refieren a esas aguas ni tampoco al mercurio vulgar, sobre el cual tantos se han equivocado.

Un filósofo como Ramón Llull, al decir respecto a la preparación como a la obra, que hay tantos vasos y tantas maneras de operar, confunde a los discípulos que no saben separar lo bueno de lo malo a fin de no sembrar la paja con el buen grano. Otro hablará de muchos fuegos y muchos hornos, a los que la gente da crédito sin considerar que el horno de Naturaleza y su fuego son únicos y que no es otra cosa que una montaña redonda, en la que hay un calor continuo que sube del centro hacia la circunferencia y que atraviesa las tierras minerales para encerrarse y ocultarse en esta montaña donde, por un lapso de tiempo, la materia se cuece, aunque por diversos grados. Pero los grados pueden ser imaginados por un buen espíritu.

¿Quién es tan ignorante como para desconocer que, habiendo puesto dos materias juntas, una fija y otra volátil, como para cuajar un queso, si se utiliza un fuego demasiado fuerte el volátil se eleva y el fijo permanece solo? Así, la conjunción no puede tener lugar.

Aquel otro también es ignorante, pues no sabe que hay que retener suavemente al fugitivo mediante un calor templado, hasta que haya cuajado con el fijo; entonces, se abrazarán y el uno ya no podrá separarse del otro. Y te aseguro que sabrás, a la vista del signo que todos los buenos autores te han indicado, cuando será tiempo que los pequeños cuervos dejen su nido. Pues has de tener en cuenta que tu trabajo será para ti una enseñanza, siempre y cuando trabajes con las materias adecuadas, ya que tu espíritu imaginará cosas nuevas, y ya no considerará a los que por sus escritos desvían, en lugar de ser provechosos.

Pero añadiré otro ejemplo para que lo entiendas:

En los escritos encontrarás que la proyección se hace a razón de un peso sobre diez, en otro, sobre quince; pero esto no es engañar, pues en todas las prácticas que se han ido realizando, siempre ha habido alguna diferencia, bien en la primera composición de las materias, o en el avance o retardación de la obra, o por haber preparado más o menos la cocción. Nadie puede asegurar el peso de la proyección, porque no todos han seguido la enseñanza del mismo maestro y, por consiguiente, siempre se trabaja de forma distinta. Por ello, las proyecciones difieren. Pero el hombre instruido sabe que siempre hay que proyectar hasta que la materia ya no sea frangible, es decir, hasta que permanezca firme bajo el martillo.

La razón y el entendimiento son los que nos lo hacen conocer todo, a condición de que no nos falte esta gran Luz.

«Teme a Dios y sé constante», dice el sabio, lo demás es fácil, y con estas cosas se llega holgadamente a la obra de la que todavía hablaré un poco al final de este tratado.

Toma una cantidad suficiente de tus dos materias y prepáralas según lo que te es enseñado, a ejemplo de las dos depuraciones y destilaciones naturales. Pues tu espíritu disolverá a tu cuerpo y tras haberlo abierto, se mezclarán los dos espíritus, el libre y el prisionero, que algunos llaman Águila y León. Después, el alma seguirá al espíritu, abandonando al cuerpo que, por su lado, regresará al limo terrestre y sulfuroso, con el cual había languidecido tanto tiempo. A continuación, le será devuelto al cuerpo el antedicho espíritu, que atraerá hacia sí algunos más que compartirán entre sí la antedicha alma, la cual crecerá por un calor lento y ahogado, administrado con un ingenioso artificio. He aquí la labor que se dice sobrenatural, por ser el vínculo de la conjunción que se hace, como he dicho anteriormente, por una decocción admirable y sobrenatural.

«La paciencia es la escalera de los filósofos, y la humildad la puerta de su jardín», pues Dios tendrá misericordia de todo aquel que persevere sin orgullo y sin envidia.

De Uno, por Uno, que no es más que Uno, son hechos Tres. Los Tres son hechos Dos y los Dos (mediante un largo combate al que la prudencia del operador deberá poner fin) serán hechos Uno, claro, transparente, hermoso, el cual suplirá todos los defectos de sus hermanos lisiados.

No te diré más, puesto que ya es suficiente y lo que yo omito muchos otros lo dicen, aunque a veces con palabras oscuras. Trabaja un poco y Dios te concederá su gracia, ya que nunca la deniega a sus servidores cuando se la piden con el firme propósito de hacer buen uso de ella.

Así acabaré exhortándote, en la medida en que me sea posible gobernarte como un hombre de bien, a que guardes oculto lo que te doy, como la cosa más valiosa del mundo.

¡Que Dios sea misericordioso con todos nosotros! ¡Honor y gloria a Él, por los siglos de los siglos! AMEN.

Libro III

Capítulo I

En el nombre de la Santa Trinidad del Paraíso, ¡que la obra sea conducida a su fin! Tres veces muy grande, Padre, Hijo y Espíritu Santo

Salud

Querido hijo mío, cuando una primera voluntad me incitó a darte la luz, no pensaba que el amor de un padre hacia su hijo fuera tan fuerte como para que tuviera que desvelarte más cosas. Pero conociendo tu naturaleza bondadosa y movido por una buena voluntad, quiero depositar en tu conciencia los secretos ocultos de mi corazón a fin de que permanezcan bien guardados en el tuyo, sin que nadie pueda usurparlos poniendo en peligro tu conciencia, sobre la cual te los dejo, a fin de que después de esta vida, no me pueda llegar ningún perjuicio. Has de saber que no hay mayor tesoro que te pueda ser dado, pues ninguno puede serle comparado.

En los capítulos precedentes, te he dado los principios primordiales y, según mi propósito, tendrás éxito en esta empresa, si el Creador de todas las cosas lo permite. De lo contrario, te ordeno, so pena de anatema, a ti o quienquiera que los siguiera,

de romperlos y reducirlos a ceniza a fin de que no sean utilizados de forma profana y que no resulte de ello ningún fracaso. Mis palabras son sencillas y la verdad está presente en la medida en que el conocimiento me ha sido dado, pues no se la puede practicar de ninguna otra manera; incluso si los antiguos tuvieron otras maneras de obrar, su labor siempre ha sido una y siempre va hacia un mismo fin, y ningún niño sencillo y de buena vida puede errar si posee los antedichos principios y si sabe lo que busca, aunque a veces pueda confundirse de camino, como a mí mismo me ha sucedido.

Pero no hay nadie en este mundo que no se extravíe en el oficio más sencillo si no ha sido introducido por un maestro, y no por ello debe retirar de él su mano. Este Arte, que sobrepasa a todos los demás, tiene un precio tan elevado, que la paciencia debe acompañar a todos los que lo buscan. Y aún cuando este tratado te fuera legado por el precio de todos los bienes que te dejo, si pones esmero en él, tendrás suerte, pues según se ha dicho, posees estas virtudes y sabes lo que buscas. Ya que la Piedra no es lo que afirman todos los impostores que explican el decir de los autores, más sutilmente de lo debido.

Sin mencionar todo el fárrago que ha extraviado a tantas personas, debes creer solamente que el hombre engendra al hombre y el metal, al metal. Pues incluso si se dice que el oro está muerto, no obstante, contiene en sí su semilla por la cual puede multiplicarse al infinito, y dicho oro está compuesto de tres cosas, dos de ellas superficiales y una esencial. El oro y plata no son más que tierra roja y blanca animadas por la esencia, sin la cual estos metales tendrían poco valor.

Las dos superficiales son la tierra que aparece a la vista y el agua que le ha sido agregada; dicha tierra sólo se ve cuando el metal está en fusión. Pero la esencia antes mencionada es el alma o fuego del metal, que le confiere gran cantidad de virtudes a condición de que esté despojado de esa tierra, es decir, que esté

purgada, ya que sin el cuerpo, el espíritu no puede actuar, y sin el espíritu, el cuerpo deseará en vano al alma.

Debes saber lo que buscas y encontrarás que no es más que la separación de estos tres, a fin de disponerlos mejor de lo que estaban, porque Naturaleza no tiene el tiempo suficiente para cocerlos. Pero mediante nuestro Arte los perfeccionamos y para conseguirlo, primero debemos extraer el vínculo de los otros dos, que es el espíritu muy condensado; y una vez hecho esto, no podrá haber ninguna concordancia en ellos. El alma deseará seguir al espíritu, y así despojado, el cuerpo será muy blanqueado, como la Sal por una calcinación adecuada. A continuación, le será añadido paulatinamente el espíritu hasta que sea fusible como la cera y, entonces, este espíritu será llamado menstruo vegetable porque revivificará la Piedra y la ayudará a pudrirse a fin de que sea fermentado con su alma.

Considera, pues, que todas las cosas del mundo están compuestas de cinco partes. La primera, flegmática, es una humedad superflua; la segunda, mercurial, es su substancia; la tercera, oleaginosa, es el alma vivificante; la cuarta, terrestre, es el cuerpo; y la quinta es la superfluidad de la tierra, que es convertida en los individuos y es llamada tierra negra.

No obstante, nuestra composición no es flegmática ni está cargada de esta tierra condenada, que es la prisión de nuestra Piedra. Así, esta tierra maligna, separada industriosamente de la otra tierra pura, será nuestro compuesto, la materia de la Piedra, sin ningún retraso ni impedimento. Más claramente no puedes ser enseñado. No deberás prestar atención a otros regímenes, sino disolver paulatinamente tu metal, tal como opera Naturaleza y no de forma apresurada. Luego, cuando esté disuelto el cuerpo, éste deberá ser separado de las aguas y tras haber separado correctamente lo sutil, se deberá lavar el poso hasta que aparezca la blancura; luego, pondrás el espíritu sobre el cuerpo y los dejarás pudrir, y entonces aparecerán distintos colores. Pues, estas dos

materias desearán adquirir nuevas formas y el dragón, todavía no separado, resistirá, y el fuego y el agua combatirán. A continuación, aparecerán las tinieblas sobre la tierra. Luego, aparecerá la luz y se hará un bálsamo, cuya labor consistirá en multiplicar a discreción.

Expresado tanto en una palabra como en mil, el oro es nuestro cuerpo, que hay que sutilizar mucho y dejar pudrir en el agua. De esta putrefacción nacerá la salamandra que resiste al fuego.

Y en mi Dios admiro la diversidad de labradores y la incredulidad de éstos, ya que condenan sin ver. Sólo está vivo aquél que ha adquirido esta podredumbre de la que están hechos los libros, lo que para los locos parece significar otra cosa, por la que pierden su tiempo y sus bienes.

Has de saber que el fuego y el azogue te bastan; es decir, la materia preparada según se ha dicho y el fuego, administrado por industria y sutileza del horno con la finalidad de llevar esta materia a la podredumbre. Pues una vez podrida, es imposible que no le ocurra algo más perfecto. Observa que todo agente requiere un paciente, que ya se encuentran en una materia, por la ayuda de la cosa mediadora. Y aunque unos hablen más claramente que otros, y aunque todo esté realmente dicho, nadie cree la verdad de estas palabras, porque ni los pesos, ni los tiempos, ni las materias (como tendría que ser) se encuentran allí descritos de forma literal, sino de forma significativa.

Y los enemigos rurales de la Filosofía (que no buscan más que recetas breves y fáciles) no se preocupan de ella, sino que experimentan todo lo que encuentran escrito, sin considerar que, si bien la ciencia está escrita, sin embargo, no está enseñada totalmente más que con razonamientos y significados, como en Rasés, Archelaos y varios otros, cuyas prácticas son tan diferentes como tantas veces repetidas, sin ninguna similitud ni conformidad en las palabras sino en la intención, que no consiste sólo en disolver y congelar las materias ya preparadas, como quieren dar a entender los antiguos, cuando, después de haber hablado de tantos regímenes sofisticados, enseñan que aunque estos regímenes sean falsos, no obstante, son ejemplos de la verdad.

Y si otros creyeran que esta ciencia no puede entenderse más que palabra por palabra, con todas las cosas muy bien explicadas, ocurriría que nadie lo conseguiría jamás mediante los libros, a pesar de la opinión de Cyrus, en la Turba.

Esta ciencia es tan noble que puede ser entendida en una hora, es decir, simplemente y no en todas sus dependencias, pues nadie ha poseído aún todos estos conocimientos, por ser tan infinitos y abarcar todas las cosas del mundo; pues el único elixir, según diferentes preparaciones, es medicina para todo, lo que Hermes no pudo experimentar por haber tenido una vida demasiado corta. Pero respecto a la simple piedra, puede ser entendida con pocas palabras por un hombre de buena fe.

Esto equivale a decir que la piedra es el oro que Naturaleza dejó imperfecto en la minera y que el artista tiene que perfeccionar hasta el último grado de perfección. Sólo hace falta cocerlo y no se puede cocer sin digestión ni separación, de tal forma que, al final, el oro se convierte en elixir, a condición de que el calor de la minera haya sido suficiente.

Nuestra intención final no es otra que coger este oro, limpiarlo mediante el antimonio y el cemento para madurarlo en nuestra agua, y separar el cuerpo del espíritu y del alma, los cuales deben ser muy bien lavados; este cuerpo debe ser blanqueado a fin de que el alma sea mejor glorificada en él. Después de esta conjunción, se extrae el mercurio de los filósofos y su primera materia, sobre la cual trabajarás como Naturaleza desea, es decir, por una sola decocción, en un solo vaso, en el que verás aparecer tantas cosas bellas que te regocijarán mucho.

Así pues, no busques nada más que mis enseñanzas, las cuales debes seguir, y no tengas en cuenta ningún otro regimen que los que se te indican a continuación, ya que una buena inteligen-

cia comprenderá las cosas que aparecen en esta obra sin extraviarse en su labor, no como tantos otros que nunca tuvieron ningún maestro.

Pero dado que el solo amor natural del padre hacia el hijo me ha vencido y me ha hecho sobrepasar los límites que Dios ordena, al decirte lo que nunca nadie se había atrevido a pensar, no te sorprendas si he escrito varios capítulos y si en ellos encuentras cierta brevedad, pues no digo palabra que no valga la pena de ser anotada y pesada con madurez. Y no debes ver engaño alguno en ellas, sino creer la verdad simple sin ninguna ambigüedad, al igual que un padre puede hablar al hijo que tiernamente ama. Pues la dificultad del arte está expuesta claramente y la facilidad rural está relegada a las diferentes prácticas de los operadores químicos que te enseñan lo demás, como las cementaciones, las destilaciones y otras operaciones comunes, que perjudicarían el carácter breve que deseo preservar en este tratado referente al horno.

Capítulo II

Del Horno

Antes de tratar ningún tema, es necesario hablar del horno, que tiene que imitar a naturaleza, que con su fuego continuo y proporcionado digiere la materia al igual que en la minera donde la habrás percibido y como las hay todavía en diversos lugares de Francia, por ejemplo en París, donde toda la obra ha sido acabada. Mi horno deberá ser como un globo, redondo y entero, de aproximadamente un pie de diámetro, o más, según requiera la cantidad de materia que tengas; deberá estar hecho de un barro de buena calidad, resistente al fuego y dicho globo deberá tener cuatro dedos de grosor.

En el medio deberá haber un pequeño círculo de hierro redondo, sujetado en los lados de los tabiques, en el cual se colocará un vaso de buena madera de roble viejo, seco y no poroso, partido por el medio en dos hemisferios. El hemisferio de arriba estará sujetado por un alambre de latón, que pasará por la parte superior del horno para poder elevar este hemisferio cuando sea el momento de mirar el vaso de vidrio, que similarmente, se encontrará colocado en el centro del vaso de madera sobre un pequeño trípode, también de madera. El globo de barro deberá encontrarse suspendido entre una pared sólida y gruesa, estopada por arriba, por abajo y por todos lados, dejando en la parte superior una ventana redonda del tamaño del vaso de madera para poder pasarlo, como también la materia, que quedará así estopada. En los laterales deberá haber dos ventanas, una opuesta a la otra; la primera de cuatro pulgadas, para poder observar los colores e introducir la mano para experimentar la temperatura del horno; la otra, en el lado opuesto, de dos pulgadas, deberá tener un cristal. Ambas deberán estar bien cerradas con tapaderas, a las

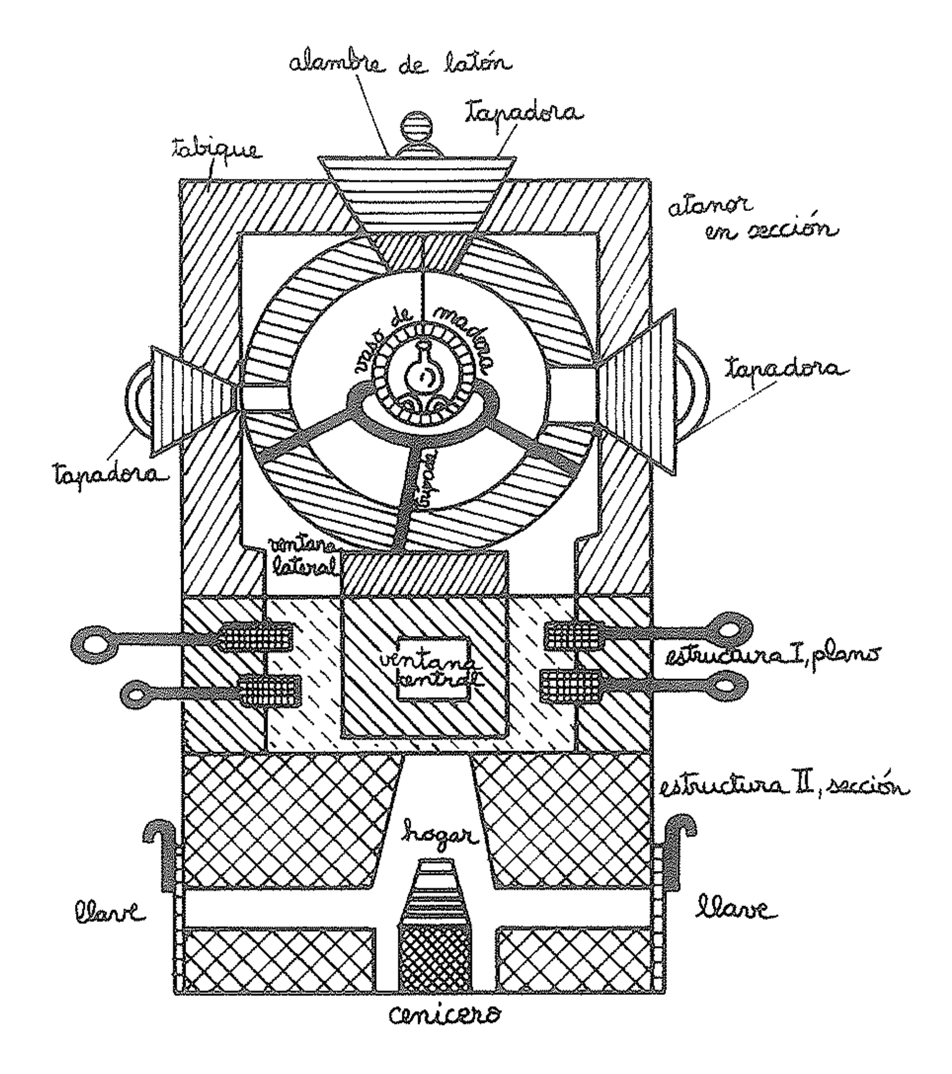
que se habrán aplicado, al igual que a la de arriba, unas asas pequeñas para poder sacarlas cuando se desee.

Debajo de dicho globo habrá una estructura robusta y gruesa, con cuatro ventanas en las esquinas en las que habrá cuatro respiraderos o canastillas de hierro o de barro, cuyas extremidades atravesarán las paredes para poder abrir o cerrar estas aperturas según se requiera.

Por encima de la estructura, habrá otra más gruesa y más robusta, con una separación entre ellas de cuatro pulgadas. En el medio de dicha estructura deberá haber una ventana cuadrada frente al fuego, por donde pasará el calor para ir a las cuatro ventanas de arriba y luego poder circular alrededor del gran globo que, calentándose de esta forma, desprenderá un calor suave hacia la materia. Tapando las ventanas, podrás regular según desees la lentitud del calor.

Por debajo de ambas estructuras debe encontrarse el hogar, que será del tamaño conveniente, en torno al cual habrán unas llaves para regular el aire y por debajo del hogar, se encontrará el cenicero. Todo ello deberá estar bien estopado para cuando se saque la ceniza o se cargue el carbón, lo cual se hará por espacio de 24 horas. El carbón deberá ser siempre del mismo tipo, es decir, de madera.

Este horno te bastará para realizar tu labor; considéralo adecuadamente para entender su funcionamiento.



Capítulo III

Preparación del agua

Habiéndote enseñado la materia que contiene el agua que necesitarás, deberás separarla de la siguiente manera:

Disuelve la materia en agua común destilada y, una vez disuelta, púrgala por filtración con un papel gris; luego, cuécela en un vaso de barro, espumándola a menudo antes de que se congele. Tritúrala sobre el mármol y ponle encima tres partes de arenilla fina muy lavada y desecada en un vaso de vidrio o de piedra zulacado, y todo ello en un gran recipiente asentado en el agua para que esta humedad condense el espíritu en el fondo. Aplica progresivamente el fuego durante 10 o 12 horas y conseguirás para cada libra de materia, 12 onzas de espíritu. De éste, deberás luego sacar totalmente la flema y rectificarlo, después, tapar el vaso a fin de que los espíritus no salgan, y así sucesivamente, continuarás mientras dispongas de dichos espíritus en abundancia.

Capítulo IV

Preparación de la Obra

Hijo mío, mi intención principal no ha sido darte los pormenores de las cosas necesarias a la obra, pues no aportarían más que confusión y quebraderos de cabeza, sino sencillamente declararte cual es la obra, con qué materia se empieza y por qué vía se perfecciona.

Dejaré atrás todas las demás cosas harto conocidas de los operadores vulgares, de quienes podrás aleccionarte para las operaciones que se encuentran en los libros; pero de ellos no deberás fiarte ya que no han escrito claramente sino que las han oscurecido bajo alegorías y repeticiones inútiles.

Deberás operar de la siguiente manera: es decir, cuando tengas una cantidad suficiente de esa agua, ponla en dos vasos bien sellados. Después, toma oro o plata bien purgado por el cemento, y reducido a un polvo impalpable como de costumbre, lo lavarás y lo desecarás mucho; a continuación, lo pondrás en una cucúrbita y verterás encima cierta cantidad de tu agua, hasta que lo cubra de la medida de un dedo. Luego, tapa el vaso del alambique sin nariz y ponlo a digerir durante un día natural; después destila, mediante un calor lento, los espíritus más volátiles. Una vez esto hecho, volverás a poner sobre tu metal otro espíritu, como se ha dicho anteriormente, y destilarás. Y así reiterarás hasta que tu metal retenga la mitad de su peso en espíritus más fijos, tras haber expulsado toda la flema en el baño hirviendo. Luego, separa de las cenizas dicho espíritu unido al metal y, a continuación, vuelve a comenzar; vierte de nuevo agua sobre el metal, como antes se ha dicho, hasta que este metal esté cargado de la mitad de su peso en espíritus más fijos de dicha agua; extraerás todos los espíritus y el agua quedará simple y sin acrimonia.

Una vez hecho, coge todas estas aguas, las viertes gota a gota sobre tu metal y lo pones a inhumar hasta que el agua esté teñida, luego, la extraerás por el fuego de ceniza y verterás más agua encima, hasta que tu metal se haya descolorado.

Luego, reunirás todas tus aguas, las harás digerir y sacarás el agua que se encuentra encima del aceite de oro.

A continuación, volverás a comenzar todo el proceso sobre dicho aceite con tus aguas, como ya se ha practicado anteriormente, hasta que todo el aceite haya pasado por estas aguas, y si después, todavía permanece en el fondo del vaso alguna impureza, como la tierra primera, deberás reunir estas tierras hasta que el aceite cese de producir más tierra.

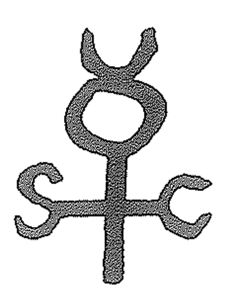
Ahora, saca todas las aguas que están por encima del aceite y ponlo en un vaso de vidrio bien sellado.

Luego, coge la hez o tierra que ha salido del aceite, extrae de éste su substancia y después la calcinas al fuego vivo.

Después, coge la otra agua que has guardado y vuelve a comenzar el proceso sobre dicha tierra, vertiendo agua encima, como ya hemos dicho, después, haz digerir y saca el agua con lo que pueda contener de substancia. Repite esta operación mientras se pueda extraer algo de esta tierra y cuando no salga nada más, debes volver a calcinarla. Una vez hayas acabado, se deberá limpiar el poso y reunir todas las aguas separadas de su tierra para volver a empezar el proceso, que durará mientras se encuentre alguna impureza en esta tierra. Estos procesos no son nada más que la extracción del alma y la calcinación del cuerpo. Y así, tendrás mercurio animado doce veces el peso de la tierra y lo harás digerir hasta obtener una similitud de fijación; luego añadirás una parte más, y así hasta las doce partes y las pondrás a digerir. Pero vigila que el volátil no se vaya y que tu fuego sea natural para que se regocije en él.

Tras haberse realizado la digestión en 30 días, deja enfriar tu vaso, separa tus materias y extrae de ellas la plata viva mediante el fuego y guárdalo en un lugar templado.

Entonces, tendrás la tierra impregnada y tu labor consistirá en separar la humedad en agua clara, y la colocarás en un lugar limpio. Después, incorpora gota a gota el aceite o alma que habías guardado antes, hasta que su cuerpo esté totalmente lleno y tenga la consistencia de la cera fundida. Añadirás la décima parte de plata viva, previamente separada, lo que servirá de menstruo a la piedra.



La otra forma de proceder es la siguiente:

Toma tu cuerpo y púrgalo, como se ha dicho antes, luego, vierte encima tu agua, de forma que lo cubra de la medida de un dedo. Ponlo a digerir durante 24 horas, según se ha procedido antes, y destila esta agua por medio de un baño fuerte y repítelo hasta que el cuerpo no pueda más. Luego, extrae el aceite y hazlo pasar repetidas veces hasta que no quede tierra, lo cual sólo puede hacerse mediante nuestras aguas. Entonces, el aceite bien purificado tiene que ser limpiado por medio de varios lavados y guardado de forma limpia. A continuación, de la otra parte del agua guardada, debes extraer el espíritu de la tierra, como antes he dicho, y hacer una tierra nueva, y tirar la tierra usada que ya no puede servir para nada. Después, limpia esta tierra tantas veces como sea necesario a fin de que no permanezca en ella ninguna impureza, lo cual sólo puede hacerse según la manera indicada anteriormente. Vuelve a verter las aguas doradas sobre el cuerpo, mediante pequeñas digestiones e imbibiciones y, a continuación, retira las aguas mediante un baño suave. Lleva a cabo esta operación tantas veces como se requiera hasta que toda la tierra retenga su espíritu, para ello no se necesita el alma de esta agua.

Pero has de observar que la tierra no volverá a beber su humor si permanece en ella alguna inmundicia, pues con razón están reunidas. Es la materia de la Piedra que deberás poner en el horno a pudrir, según encontrarás explicado a continuación, pues verás como una sublimación perfecta separará lo puro de lo impuro y hará salir el mercurio claro y resplandeciente que, por una fijación filosófica, te dará una piedra perfecta y ello te bastará. Si dijera todas las maravillas que hay en ella, no confiarías en mis escritos y pensarías que mis palabras son engañosas.

De la misma manera, mi brevedad podría poner en peligro tus ansias de experimentación, ¡que Dios te guarde de ello! Pero

aún cuando estuvieras decepcionado por mis palabras, yo sé bien que tu obligación es buscar y que el trabajo reserva su luz a los hombres de buena fe.

En la teoría, hay dos cosas que engañan a mucha gente, que le impide emprender cualquier cosa: la falta de fe y la falta de paciencia. En la práctica, son el exceso de agua o el exceso de fuego. Es muy importante tener en cuenta estas cosas.

Si se desea tener la vida eterna, primero hay que creer, ser bautizado por el fuego y por el agua y soportar con paciencia las aflicciones de este mundo.

¡Eh, hijo mío! la cosa no es tan difícil como juzgan los impíos, ya que, finalmente, sabrás la verdad si la paciencia está contigo, siempre y cuando tengas estas cuatro cosas presentes en la memoria. Ya que sin la fe, nunca podrás creer tales maravillas, sin la paciencia, nunca podrás poner nada en el pensamiento y sin las medidas del fuego y del agua, no podrás llevar nada a cabo. La falta de humedad es sin duda un impedimiento para la Piedra, pero un exceso provoca su destrucción y lo mismo ocurre con el fuego.

Pues en ello el espíritu y el entendimiento avanzan con el orden del horno, ya que ¿de qué le serviría manipular las clavijas del arpa, a aquel que no sabe con qué tono tocar? Cierto es que uno puede volver a ponerse en la mente la cosa que busca, sea la desecación, la frigidez, el calor o la humedad, pues la templanza sirve pero el exceso es perjudicial, y si es necesario ir de un extremo a otro, como sucede en la obra, ello no puede ocurrir sin grandes cambios de naturaleza, que no se producen todos a la vez, sino progresivamente.

Asimismo, las obligaciones más severas son impuestas a los pueblos y los más altivos leones son apaciguados, lo cual se hace por la dulce y templada moderación, ya que todo lo que se hace sin ella, corre el riesgo de romperse.

En nuestra materia hay dos cosas que se deben tener en cuenta: la primera es la dureza y el carácter compacto del cuerpo, que sólo puede ser ablandado por su propia substancia, que le es devuelta. La segunda es la conservación de su especie. Ahora bien, todas esas palabras no deben entenderse más que respecto a la putrefacción, donde las dos partes del cuerpo deben ser recogidas. Una es hembra y la otra del otro sexo, y por su humedad atrae la sequedad del otro hacia la putrefacción, que es el gran secreto, ya que aquí están contenidos todos los misterios de la Piedra. En esta parte, podrás considerar los grados de temperatura mediante el calor desprendido por el estiércol o por cualquier otra cosa podrida; esto lo considerarás con la medida del agua que, según la costumbre, suele ser de diez por uno. Cuando ocurra alguna desventura, el otro la compensará, y no busques saber nada más si quieres entender esta obra.

Hace falta desligar el cuerpo de su impureza, luego perfeccionarlo según naturaleza, y esta desligadura sólo tiene lugar en la preparación y en la putrefacción. En toda la obra no hay más que dos disoluciones perfectas: la putrefacción y la proyección, que son ayudadas por la misma naturaleza.

Mis palabras son claras, pero a pesar de todo, dudarás de su verdad hasta que el conocimiento te sea dado a partir de tu primera experiencia. Pero deberás ser un poco teórico, como te he enseñado, a menos que la corrupción te haya pervertido.

A continuación, es necesario que busques el manejo de los vasos y la disposición de las materias, ya que si sabes esto y sigues los presentes tratados al pie de la letra, muchas maravillas aparecerán a tus ojos, y por los mismos errores te harás sabio; deberás tener el conocimiento de la teoría, saber cuales son las materias y lo que hay que buscar en ellas.

Y aunque haya explicado brevemente la ciencia completa, no obstante, la mayoría de los hombres no podrá nunca ser sabia si no posee la fe, la paciencia y la firme confianza en Dios, de quien

proceden todos nuestros bienes. Estando entonces en gracia para buscar, podrás saber lo que es la Piedra, de la que Llull habla suficientemente en su Teoría. Conociendo esto, encontrarás también en la práctica de Llull el medio de operar, lo que por ti mismo habrás percibido. Guarda el agua y el fuego. Pero nadie te explicará tan claramente como yo el horno, sin el cual no conseguirías nada. Y te advierto que Llull habla de los dos medios de operar, uno es verdadero y el otro falso; el verdadero se halla escondido debajo del falso. Asimismo, te he repetido una misma cosa varias veces, y según lo descrito en mis capítulos precedentes respecto al hombre que se halla entre una multitud y que hay que reconocer, te diré que encontrarás una pepita en un tonel de gravilla, lo cual un ciego no conseguiría con lo que tiene en la mano.

Si por mis enseñanzas te han sido abiertos los ojos, no dudes en estudiar esta práctica, pues ella sabrá desembrollar lo que la obra requiere, a menos que seas más sabio que mis exhortaciones.

Absténte de buscar en otros libros que no sean de Llull o de algún otro que sepas que la haya hecho, como por ejemplo, nuestros compañeros, que han dejado a sus hijos libros escritos sobre la ciencia en los que encontrarás lecciones de gran precio. Pero lo que nunca se atrevieron a decir, yo lo remito a tu conciencia, asegurándome de que no ocurra ninguna desgracia. De este modo, pongo fin al presente capítulo para hablar de la obra de la maestría.

¡Que el Espíritu Santo esté en mi pensamiento! Amén.

Capítulo V

De la Obra

El buscador de cualquier Arte debe primero recurrir a la teoría antes de poner la mano en la práctica, puesto que aquel que no sabe bien lo que busca, no podrá nunca conseguir nada, como tantos operadores ineptos que no son sino simples falsarios que pierden su tiempo y sus bienes, sin encontrar nunca lo que buscan. Contrariamente, aquel que camina por algún lugar conocido, aunque pueda extraviarse, tarde o temprano llegará al sitio que desea. Y cuando no tenga otro conocimiento de la situación del lugar hacia donde va, que es hacia Levante o Septentrión, acabará consiguiendo lo que desea, ya que de tanto caminar hacia este clima, finalmente encontrará a alguien que le enseñará la Ciudad, si conoce su nombre.

Lo mismo ocurre con nuestra Obra, pues aquel que no sabe qué camino tomar, podrá consumir todo su tiempo con el Plomo, con el Estaño o con cualquier otra materia, debido a alguna conformidad de nombre o de cualidad que encontrará descrita. Sin embargo, en ellas aquel que se detiene en estudiar lo más noble, ciertamente podrá esperar un resultado más noble. Y aún cuando no tuviéramos otro consejo que éste: «cada cosa no puede dar sino lo que tiene», ¿acaso no bastaría para obligarnos a buscar la perfección en la perfección y no en la imperfección? no obstante, hay que saber que sin estas cosas imperfectas, la Piedra no podría extender su virtud, pues es la Tierra en la que debemos colocar nuestra semilla, para convertirla en dicha semilla.

Así pues, el Oro es la materia y debe ser reconducido a su primera materia, esto es, en Azufre y Mercurio, por la separación y purgación de los mismos, es decir, de su Tierra impura que mantiene a este cuerpo enterrado como en una tumba, y es por su causa que el espíritu no puede actuar, lo que hará después de ser

despojado de ella. No se trata de separar toda esta tierra, sino de purificarla y limpiarla, como está escrito, puesto que ella es el cuerpo, al igual que el Agua es el espíritu y el fuego, el alma y el esplendor, que hace que este cuerpo esté iluminado. Pero aunque en mis breves capítulos se encuentren muchos rodeos, a causa de Rases y otros autores, no has de dudar que la verdad no se encuentre allí, ya que la oscuridad no sirve más que para extraviar. Pero te lo explicaré con claridad.

Si consideras que, en mis capítulos no encuentras lo suficiente, busca donde te he indicado, aunque en realidad, te lo he dicho todo; una gran cantidad de opiniones confortan las resoluciones. Si piensas que no he hablado suficientemente, no obstante, no he dicho cosas inútiles, pero por encima de todo te ruego que guardes silencio y si no obtuvieras beneficio gracias a mi tratado, destrúyelo, como he dicho antes, pues si uno no sabe sacar provecho, hay otros que sabrán utilizarlo, aunque de ello resultan algunas veces inconvenientes; en contra de las opiniones de algunos investigadores rurales, mis palabras valen la pena de ser anotadas, puesto que en ellas se encuentra el mayor tesoro de la tierra.

Por ello deberás, por encima de todo, tener los ojos fijados en esta materia noble en la cual se encuentra lo que buscamos, pero hay que despojarla por medio de un régimen muy lento y suave, sin que su húmedo radical quede perjudicado, pues hay que huir de la prisa.

Es necesario que las estaciones lleven frutos, hojas y flores, pues los más altos abetos no se elevaron de un solo golpe, sino poco a poco, gota a gota.

Asimismo, el cuerpo debe ser llevado a su naturaleza, de la misma manera que ha sido hecho cuerpo, es decir, por depuraciones. El espíritu saldrá del cuerpo y deseará seguir al alma y el agua también. Así, la tierra permanecerá sola y será también elevada por el agua hasta que ya nada más suba; lo que quedará en el

fondo será inútil. Entonces, habrá que rehacer la tierra, es decir, separarla del agua y repetir este último proceso varias veces hasta que no quede ningún sedimento, entonces la tierra será purgada y, sobre ella, poco a poco volverás a poner el espíritu. Una vez reunidos, pondrás todo en un vaso redondo sobre el fuego y verás salir tu materia en mercurio claro, que se fijará en los laterales del vaso; a continuación, amalgamarás este mercurio con el oro de los filósofos, que es el alma antedicha, y lo pondrás en un matraz, en el horno que te he indicado. Lo harás digerir durante 40 o 50 días a fuego muy suave y lento, que regularás poniendo con frecuencia la mano en el horno u observando con la vista para que la materia no sea conducida con demasiada rapidez. Observarás que esta materia contiene un fuego encerrado tan pequeño, que en un instante puede ser apagado; este fuego es el que hay que conservar e impedir que muera, pues habiendo tomado nuestro fuego con acuerdo, se regocijará en él y a partir de él se incrementará tanto, que dominará la humedad de la materia.

Entonces, tendrá que producirse la putrefacción de toda la materia en su conjunto; luego, tomará el color verde del lagarto, que progresivamente se convertirá en un color tostado, y después negro, lo que con frecuencia observarás por las ventanas, elevando el hemisferio superior del vaso de madera tirando del hilo de latón.

He aquí la gran dificultad del Arte, representada con tantas alegorías por los filósofos. Es también su mar, su selva y, en una palabra, toda la Obra, pues por esta putrefacción la materia se convierte y cambia de forma, ya que ningún cambio o mutación de las cosas que hay en el mundo puede realizarse de otro modo que no sea por la putrefacción.

Es el agua mística de los filósofos que se encuentra en todas las cosas y sin la cual nada se engendra. Si te preguntan el medio para hacer la Piedra o cualquier otra cosa, podrás enseñarlo con la

palabra PUDRE. Pues sin la putrefacción nada se hace y ella sola basta.

Por esta razón, no busques otra cosa sino la forma de acceder a ella. Y para conservar la brevedad, como he dicho anteriormente, no quiero incitarte a ningún otro proceso largo, ni a dragones, ni a leones, ni a perros, ni a otros animales, ni a separaciones de elementos, ni a ninguna otra cosa, pues, ¿quién creería que para convertir la tierra en fuego hace falta primero una conversión de elementos? Primero, la tierra debe convertirse en agua, después, el agua en aire y el aire en fuego que está más próximo del aire que de la tierra; pero este proceso es largo y embrolla más que no enseña.

Cuando nuestro compuesto esté ennegrecido, deberá blanquearse, y aunque el blanco no puede aparecer sin pasar por el gris, el fuego continua su operación hasta la blancura perfecta. Entonces, deberá ser aumentado suave y progresivamente, pues a medida que el cuerpo crece, deberá suministrársele alimento, y la leche de nuestra piedra es el fuego. No es sino fuego y requiere un fuego fuerte, según la fuerza de su complexión, la cual fue representada por el profeta Elías devorando llamas enteras de fuego. Entre los colores mencionados anteriormente, aparecen muchos otros, sin embargo, no deberán buscarse ya que son como flores excesivas, que de nada sirven.

Con estas breves palabras tienes descrita toda la ciencia, aunque podría decir mucho más. Pero la labor será enseñanza para ti a medida que ocurran las muchas cosas contrarias a tu pensamiento, entonces recordarás haberlas leído en estos libros, y que el nombre de Dios sea bendito. Lo que todavía debo recomendarte es que tengas fe, paciencia y pureza, puesto que sin ella, aunque tengas una buena proporción y disposición, tu labor se retrasará.

Pasemos pues, al resto de la obra.

Capítulo VI

De la multiplicación

Fermentación y exaltación de la substancia. No podemos hablar de otra manera que la expresada hasta ahora y como se hará a continuación.

La multiplicación es necesaria y no es otra cosa que una pura reiteración de la obra referida a las materias y a la mitad del tiempo. Si la primera obra ha sido realizada en nueve meses, la segunda lo será en tres meses y la tercera en tres semanas y, al final, en poco tiempo. En efecto, para la primera se requiere mucho tiempo, porque se dice que la materia está muerta, debido al poco vigor que tiene. Dicho vigor es, no obstante, la entrada y la levadura de la Piedra. Pues sin vigor nuestro fuego trabajaría en vano, porque nada de él entraría en la materia. El vigor tiene la virtud atractiva de sacar su alimento del fuego de los filósofos y cuanto más crece su fuerza y su virtud, con más potencia actúa sobre nuestro fuego y con más brevedad atrae su alimento del fuego para acabar convirtiéndose en fuego puro. Por esta razón, al principio no vence enseguida, ya que el enemigo es diez veces más potente, pero ahora, que su fuerza ha sido aumentada diez veces, son iguales y en cuanto notan el fuego en común, empieza la putrefacción.

Así aumenta su virtud proyectante, de la cual hablaré al final de este tratado.

Capítulo VII

De la proyección

A pesar de que en los libros de los filósofos la proyección se encuentre descrita, para no olvidar nada y a fin de que no estés obligado a recurrir a ellos, diré que toda unión de partes contrarias sólo puede llevarse a cabo gracias a algún mediador que dé ingreso a las voluntades de uno y otro, para saber unirlas y juntarlas.

Ahora bien, el elixir está tan alejado de los metales imperfectos que nunca desearía casarse en ellos si no hubiera la obligación y el compromiso de su fe prometida. Y dado que el elixir procede del oro, este oro tiene poder sobre el elixir para hacerle prometer enlace y boda con él, sin coacción; agarrándolo firmemente, lo fuerza a entrar en estos otros cuerpos, no sin cierto pesar, lo que expresa por la queja que hace en su proyección.

Así pues, hay que poner a fundir en un crisol 3 o 4 partes de oro afinado; una vez fundido, pondrás una parte de tu elixir encima y mezclarás ambos con un pequeño bastón hasta que estén bien mezclados, luego los moldearás en lingotes y tendrás la medicina para los metales, y si tu obra estuviera al blanco, añade plata en vez de oro. Sin embargo, para la medicina de los cuerpos humanos esta materia requiere una más amplia explicación, que encontrarás detallada en Llull.

Ya se ha dicho suficiente sobre estas cosas como para que no desees trabajar. Si con el presente tratado no consigues alcanzarla, no debes pensar que todos los de Llull o de otros te bastarán. No es que te los prohíba, sino que te los recomiendo ahora, y no después de haber experimentado. Verás que por mí, sus palabras han sido expresadas claramente, en cambio las mías no se encuentran en ninguno de sus libros sino de forma encubierta y mezcladas entre cosas fabulosas.

Ruega al Dios bondadoso que te inspire, ya que sin su gracia nada puede ser llevado a cabo, y observa bien mis enseñanzas a fin de que no venga la fortuna por esta falta, y que después del transcurso de la vida nada nos impida alcanzar el reino de los cielos, donde nos quiera conducir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.



Libro IV

Capítulo I. Único

Estas son mis últimas palabras a modo de epílogo; en ellas toda la obra se halla repetida y muy bien enseñada para quien quiera seguirla de entre mis hijos, aunque a veces, con cierta oscuridad. Sin embargo, contienen la verdad y mayor luz no puede ser aportada.

Cuando alguien decide dedicarse a un oficio en el que cree que pasará su vida, nunca sabrá demasiado, porque en este aprendizaje el tiempo invertido nunca es inútilmente empleado y el retraso no es nunca perjudicial para el operador, ya que en cualquier arte, por pequeño que sea, se debe experimentar mucho antes de poder exponer alguna labor; lo mismo ocurre con nuestra ciencia. Además, primero hay que saber la teoría, luego debe seguir la práctica, ya que nuestra filosofía nunca podrá compararse con ninguna otra ciencia. Quienquiera que la busque, tiene que entregarse por completo a ésta, sin perder tiempo ni ocasión y sin variar en sus opiniones hasta la última experimentación, con tal de que esté fundada sobre razón de filosofía, y no hay que creer que este arte viene sin buscarlo. La menor ciencia consume la juventud de los estudiantes, sin que por sus estudios adquieran mucho saber ni beneficio, al igual que los aduladores mundanos, los avaros, los mercaderes, artesanos, los hombres de leyes y otros oficiales, que consumen también sus años y sus cuerpos sin

conseguir nada, porque las cosas del mundo son poco provechosas.

En cambio, en el Arte noble de filosofía yace el tesoro de los reyes, el don de los pueblos y la gloria de los cielos, ya que con este Arte no hay nada imposible para el hombre.

Así pues, hijo mío, si lo buscas deja todo lo demás. No es que quiera que solo obedezcas mis enseñanzas, sino también a todos los buenos autores que nos han precedido y de los cuales no soy más que un imitador, como por ejemplo Llull, que tanto te he recomendado, ya que si lo entiendes correctamente, sin duda alguna podrás empezar.

Ya te he enseñado la obra por completo, dejando pocas cosas en la oscuridad, pero la pesadumbre de no haberme atrevido a hablar de forma todavía más clara me incita a darte además este pequeño compendio, donde encontrarás repetido varias veces el magisterio, que con buen ingenio has de considerar como algo de gran valor.

Incluso si te parece que difiere en las palabras, debes saber que la intención es única, aunque el uno puede decir lo que el otro omite. Y si se encuentra una divergencia, no es más que diferencia de operaciones según los distintos magisterios; unos, de los que no hablaré, son simplemente llamados minas, los otros son llamados piedra y son de dos tipos. La operación de uno consiste en lavar bien el cuerpo con el agua y con el fuego y la operación del otro es hacer oro a partir del azogue. La naturaleza continúa su ejecución y generación con la procreación de los metales. Para ello, conviene conocer muy bien la fabricación de los hornos, para que el fuego no exceda ni disminuya según los grados necesarios, de los que hablaremos más adelante. Pues es importante considerar los fuegos, así como la hechura y calidad del vaso de la obra.

Dicha obra está compuesta de cuatro partes: solución, congelación, albificación y rubificación, de las que hablaré según la intención de los filósofos y no según la de los ignorantes rurales que toman las sílabas por la intención.

La obra tiene dos soluciones: una es rústica, la otra filosófica; también tiene dos conjunciones o bodas, una rústica y otra filosofal. Lo rústico no es más que reunión de las partes, pero lo filosofal es la conjunción que se hace sobre el fuego, es decir, en la disolución natural del cuerpo y en la congelación del espíritu, ya que el cuerpo y el espíritu se encuentran y se juntan de esta forma: el agua es condensada hasta cierto punto y el cuerpo es ablandado en el mismo grado. La parte generativa pone su virtud en lo sutil, que es el aire, y por este medio se juntan, y eso es la solución, la congelación, la división, la composición y la putrefacción de los filósofos.

Deja de lado la diversidad de palabras, pues todas estas cosas no son más que una sola operación, después de la cual viene la imbibición de la mitad del peso de la materia por su propia agua hasta la blanquición, después, se hace otra imbibición y luego el compuesto llega a la rubificación y éstas son las cuatro partes antes mencionadas.

Pero ante todo, es necesario que el cuerpo sea disuelto a fin de que el calor entre en su profundidad, para luego resolverlo y congelarlo junto con la cosa que se le ha acercado.

Pues así como los gusanos son producidos a partir de una misma materia, el trigo solo engendra a otro trigo, y son el sol y la humedad de la tierra los que causan su germinación para producir a su semejante, que finalmente se convierte en carne y sangre en el hombre.

Así, nuestro fuego, que se parece al Sol, es la vida y la muerte de nuestra Piedra por cierto intervalo en su espiritualidad. Y para explicar adecuadamente en una palabra qué es nuestra piedra, el trigo sirve de ejemplo, pues la piedra no es más que una semilla metálica sacada de cuerpos semejantes y sembrada en tierra metalina para engendrar una cosa de su naturaleza por el acercamiento de la naturaleza metalina.

Ahora bien, para llegar a esta obra hay que tener en cuenta varias cosas. Primero: el momento, a pesar de que se puede hacer en cualquier época; pero así como la primavera hace avanzar la obra, el frío del invierno azota el horno y afecta al fuego, que pierde parte de su fuerza, y por ello el ingenio del operador será muy necesario para ayudar al fuego a luchar en contra del frío. Segundo: el lugar debe ser libre, secreto y apto para poder llevar a cabo todo sin ninguna molestia. Tercero: las personas deben ser dulces, uniformes, apacibles, pacientes, constantes, hábiles y que no se contradigan mutuamente por ningún motivo de presunción, a no ser que sea para dar consejo, de acuerdo con la razón y la naturaleza.

Respecto a las materias, ya he hablado suficientemente, pero la mejor explicación que se pueda hacer de ellas es decir que cada cosa engendra a su semejante, que naturaleza se acerca a naturaleza y se une a ella y que naturaleza contiene a naturaleza, ya que cualquier cosa extraña es rechazada de la obra. Para entender los principios, debes saber que las tinturas secas son inútiles en su sequedad, y que por medio del agua todos los colores aparecen sobre el paño. En la procreación de los metales, hemos visto tres materias principales. La primera es un vapor húmedo llamado mercurio, la segunda es el calor de la tierra, que es el azufre, y de ambas materias se engendra la primera materia de los metales. Como es necesario reducir los metales a esta primera materia, conviene sutilizarlos mucho para poder extraer la primera y la segunda materia, e incluso si nuestra piedra pudiera tomarse a

partir de animales y vegetales, como algunos dicen, se debería sacar de ellos la plata viva y el azufre por medio de una larga decocción, puesto que en ninguno de los reinos Naturaleza no perfecciona nada sin una mezcla igual de estas dos partes.

Entre los hombres también hay tres tipos de temperamentos. Los primeros, groseros y rurales, están desprovistos de buen ingenio. Los segundos son tan sutiles que creen saberlo todo y no llegan a nada; inventan cosas fuera de la naturaleza y no quieren entender ningún libro. Los terceros son más perfectos, se hallan en el medio entre los extremos, participan de unos y otros y, al igual que el fuego, que a causa de su calor perjudica a la salud, también el agua mata por su crudeza; no obstante, la mezcla proporcionada de ambos es muy saludable.

En la piedra de los filósofos, su primera materia no es la de todas las cosas, ni tampoco de los metales, sino que nuestra primera materia se encuentra en torno a éstos. No es necesario que el cuerpo sea retrogradado hasta los cuatro elementos, sino hasta los principios metalinos. Y una vez deformado este cuerpo, es necesario que tome una forma nueva en su menstruo mineral y que tome su substancia de éste; es comparable al vientre de la mujer, donde el niño se nutre de los menstruos de la madre hasta la edad de ser engendrado sobre la tierra.

La primera materia de los metales es el vapor de la tierra y esta tierra, y por la conjunción de ambos nuestra materia es engendrada. Pues la tierra o el agua solos no son fértiles, pero por una mezcla proporcionada de los dos son engendradas todas las cosas. Para que no dudes de mis palabras, observa las mineras que todavía existen, donde los vapores calientes suben con tal abundancia, que los que trabajan allí a penas soportan el contacto de su camisa a causa del vapor producido por el calor que habita en estos lugares; es tan abundante el vapor que estarían a punto ahogarse si permanecieran en ellas más tiempo y así se les ve

salir tan rápidamente como pueden, con la vela a punto de apagarse; cuando regresan a la minera, encuentran estos vapores pegados a las paredes y al menor contacto, los ven condensarse en gotitas aceitosas. Es el primer menstruo de los filósofos, que tanto nos hace falta.

El fuego es el régimen de todo y está divido en tres clases. El primero procede del sol y coopera insensiblemente en toda generación, como primer agente de naturaleza; se encuentra en todo tipo de semilla y es llamado fuego natural. El segundo es aquel que, partiendo del centro de la tierra hacia la circunferencia, lleva estos vapores humeantes y es llamado innatural. Es comparado al fuego del arte, por cuya administración el natural se ve aumentado. El tercero es llamado contra-natural y es engendrado por el primero, es decir, por los vapores de los metales y pudre el compuesto, según hemos entendido respecto al primer menstruo, que corrompe toda la materia excepto la forma específica que es llevada a generación; así, el natural y el contra-natural son una misma cosa. La diferencia es que el contra-natural, por ser más débil, procede más lentamente en su destrucción de la materia. Y al contrario, el natural, por ser más vigoroso al generarla, se nutre del otro, que es su parte extrínseca. Pero el llamado extrínseco no podría actuar sobre la materia sin el intrínseco, que es el fuego natural. Así, uno recoge al otro, que disuelve perfectamente el cuerpo mediante el horno, cuyos grados serán en una primera etapa como el calor del estiércol; en segundo lugar, como el calor del baño, en tercer lugar, el calor de la ceniza y en cuarto lugar, el calor del carbón o de las llamas. En estos se hacen las sucesivas digestiones. La primera es la solución del cuerpo, que se hace en la conjunción del macho y de la hembra, de donde procede la putrefacción en una agua homogénea mediante este fuego débil. La segunda es la separación de las aguas, donde los elementos se extraen del caos, como dicen los filósofos. En la tercera, aparece una agua llamada agua de rocío y en la cuarta, todos los elemen-

tos se encuentran fijados. Nicolas Flamel da testimonio de este mismo proceso.

Pero sobretodo deberás vigilar que el extrínseco no destruya al intrínseco, o que no le falte protección, es decir, deberás guardar el fuego y el aire juntos, pues serán conservados y alimentados por esta digestión y deberás vigilar que la humedad o frigidez de la piedra no les perjudique. Guarda también el aire y el agua de la combustión del fuego, conservando también el frío y el seco, pues los cuatro buscan su conservación y alimento mediante las proporciones y grados del calor del horno, pues el fuego y el azogue bastan; el azogue, que es la composición que contiene en sí los cuatro elementos, es la plata viva y no vulgar, pero el que es sacado de los cuerpos (y no de la minera) es disuelto por la plata viva por estar más cocido que el vulgar. Pues el cuerpo se convierte en agua mercurial, de la cual procede el azogue, como espíritu animado.

Observa que la primera composición está hecha de tres cosas: agua metálica o mercurio sublimado, levadura blanca o roja y segundo azufre, cuyas proporciones buscarás en Llull. Cuando el mercurio toma color, lo comunica a los demás.

De la piedra se sacan también tres humores, que se disuelven y se coagulan sucesivamente. Son el del agua, el del aire y el radical, que no es más que fuego, el cual no abandona su ceniza si no es por un fuego suave de naturaleza, no como el humor radical del vidrio, que sólo cede por la fuerza del fuego; he aquí la diferencia entre el arte vulgar y nuestro Arte.

La piedra está hecha también de una sola cosa, que contiene dos, tres y cuatro, ya que en ella se hallan los cuatro elementos, los tres principios y las dos materias, es decir, el azufre y el mercurio, no los vulgares en sus naturalezas, sino los cuerpos reducidos a esta materia. Pues siendo simplemente perfectos, nos son inútiles sin una ingeniosa mondadura y una separación de las

cosas imperfectas, disolviendo poco a poco en el estiércol filosófico la hez del fuego, del agua y del aire, de forma que la piedra permanezca sin inmundicia y ello será la separación mencionada: «separa la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso con ingenio».

Después de la exaltación de la piedra, conviene incorporarla con el aceite que ha salido de ella en la primera operación y que se llama agua de la piedra. Un vaso, una materia y un régimen bastan del comienzo hasta el final.

Varios regímenes, varios vasos, materias y fuegos son requeridos, incluso hasta siete trituraciones. Pero al tener varios mercurios, estos regímenes engendran la diversidad. Por ello afirmo que el menstruo está más cercano de la naturaleza de la piedra. Observa que aunque el espíritu no puede ser juntado al cuerpo antes de que el cuerpo se haya convertido en la naturaleza del espíritu por nuestro primer menstruo en donde está el fuego contra-natural, se requiere otro menstruo, que es la raíz de nuestra piedra. Y en ella se convierte, así como en matriz para los animales, donde son creados y alimentados, y a partir de este último mercurio se realizan las multiplicaciones, poniendo una parte del elixir por mil de plata viva, fijada en el horno a fuego lento. Después se aumentará durante tres días naturales, y es la obra de tres días, lo que se puede reiterar hasta una multiplicación infinita.

Así, el arte puede decirse en breves palabras, no como las demás ciencias, y debe entenderse por inteligencia filosófica, pues éste no puede ser explicado sin similitudes (incluso si se creyera lo contrario) porque es sumamente noble y admirable. Por esta razón, no debe ser revelado de otra forma que por medio de figuras y ejemplos, como quien dijese: «Coge sal y tritúrala con sus aguas, haciéndola pudrir en otras aguas y tras varias trituraciones, cháfala con hijo y quémala varias veces a fin de conseguir la pureza». Item: «Toma una parte del cuerpo y siete o nueve, o hasta diez de espíritu y lo pondrás en el vaso del horno donde permanecerán cuarenta o cincuenta días; se volverán negros, luego blancos y a continuación rojos. Esta experiencia será comprobada echándolo sobre la minera de hierro rojo, ya que si fluye sin humo, entonces deberás tomar tres partes de levadura roja y dos partes de agua y de oro y hacer una amalgama que digerirás por grados. De ella saldrá un cristal rojo y transparente del que cogerás una parte y la pondrás en un crisol, añadiendo gota a gota de su aceite hasta que sea fundida y fluya sin humo. Entonces, alcanzarás una perfección tanto en el blanco como en el rojo, y pondrás, según hemos dicho, un peso del elixir sobre el mismo peso que antes de agua roja o blanca y respecto al elixir, de la forma antes mencionada y ello te bastará. Si no quieres volver a empezar de esta manera, extrae por el espíritu crudo, el espíritu digestible del cuerpo disuelto, a fin de obtener una ceniza fija que más adelante disolverás. Luego, encontrarás en ella un aceite gomoso de piedra incombustible, llamado alma y que vivifica las naturalezas unidas, ya que deberás desunir las naturalezas en espíritu y reunirlas en aceite». En estas preparaciones se encuentra toda la obra, y con lo que te he explicado referente al horno, tienes suficiente conocimiento, incluso si hay otros de los que no hablaré, puesto que, si es necesario, ya los encontrarás por ti mismo si perseveras observando mis advertencias. Pues de mí no depende que no consigas esta ciencia, porque te conduciré hacia ella tanto como me sea posible, a condición de que no te gobiernen la avaricia ni la pereza.

Y para no omitir nada de lo que podrías necesitar, añadiré unas palabras respecto a mi horno, ya que si en su estado actual no te bastara, puedas modificar algo de la siguiente forma: en vez de construirlo según se ha dicho anteriormente, lo harás de forma semejante a B.C.D.F.L.M.N. y O. Retirarás A.G.H.I. y K. Y en lugar de A. harás una ventana parecida a la de I. Y también de G. y de H., si es necesario. Pero en su parte superior deberá estar perfectamente estopado a fin de que nada pueda salir ni entrar en

él, a no ser que sea por tu voluntad. Deberá estar colocado de forma fija un vaso similar a F. con su contenido, a fin de que el calor vaporoso del primer horno entre en F. mientras sea necesario. Podrá servir para las más suaves digestiones, pero hace falta que F. sea cerrado por fuera a causa del aire que le azotará[1].

Alabado Sea Dios Amen.



1. N.d.t. Este último párrafo alude al dibujo del horno que figura en el manuscrito 2516 donde se indica también la correspondencia de las letras.

Libro V

Capítulo I

De Teoría

Muy querido y natural hijo mío, el amor paterno me ha inducido a explicarte hasta ahora una multitud de cosas sumamente elevadas y maravillosas que jamás ningún hombre había expuesto con tanta claridad. En efecto, todos las oscurecen mediante similitudes figurativas a fin de desviar a los indignos que buscan este noble Arte y de enseñar a los hijos de ciencia. Te recomiendo que guardes este arte tan sigilosa y celosamente como es necesario, y que no lo reveles a nadie so pena de condenación, según nos ha sido recomendado por aquellos que nos lo han transmitido. De no ser así, todas las cosas serían envilecidas y muchos inconvenientes ocurrirían sobre la tierra. Guárdalo en tu corazón ya que de lo contrario no te lo hubiera enseñado y este mismo te proporcionará toda significación y explicación. Y a pesar de que te haya dicho la verdad sobre el arte, sin embargo, en él encontrarás varios rostros de los que la siguiente teoría te guardará, a condición de que seas un verdadero imitador de la doctrina y de que seas piadoso.

Pues si tuvieras la conciencia mancillada, aún cuando por mis propias manos vieras llevar acabo toda la obra, no por ello serías más sabio, pues quienquiera que piense usurparla siempre será desviado y no alcanzará nunca el resultado de sus prácticas,

por buen ingenio que tenga y por recta vía que siga. ¡Cuántos, a pesar de su experiencia, han sido alejados de ella a causa de sus vicios! Por ello los judíos y los árabes la perdieron, por haber sido como indignos, aunque la habían obtenido por tradición, como Cábala transmitida. Fue dada por el todopoderoso a Moisés en la montaña del Sinaí y transmitida de padres a hijos, sin escritura, hasta Esdras; de Esdras al rey David, mediante ciertas cifras y caracteres, historias sagradas de los hebreos, y gracias a ello, fue construido el muy grande y maravilloso templo de Dios. Pero el rey David, corrompido en sus costumbres por la impureza, no solo fue destituido de este arte, sino también privado de ver la construcción del bello edificio.

Lo que te digo me ha sido enseñado por una copia de esta cábala tradicional judaica, que se denominaba magia y que es la ciencia filosófica de la cual Hermes, Pitágoras, Numa Pompilio y muchos otros han hecho escuela entre los jóvenes, no sólo por el saber de la ciencia o arte de la piedra, sino también para tener todos los conocimientos de la naturaleza, leyes y propiedades y también para descubrir las cosas escondidas y ocultadas a los hombres, uniendo lo superior a lo inferior mediante un verdadero matrimonio y aplicando por naturaleza lo activo a lo pasivo. De aquí nacen cosas admirables de ver y de oír y otras consideradas milagrosas, como por ejemplo, producir rosas y uva en el mes de marzo o reptiles y animales en un instante sobre la tierra; y también producir la lluvia y el relámpago. Ello ha hecho creer a la gente rural que esta magia procedía de Satanás, y se ha cambiado la palabra magia por brujería y hechizo.

Hermes, José, Amanaden, Abugasal, Ptolomeo, Apolonio y muchos otros fueron tales sabios filósofos, pero sería demasiado largo hablar de cada uno de ellos. Insistiremos particularmente sobre el rey Salomón, el hijo de David, que fue un personaje tan sabio y sutil, que podía argüir y debatir sobre el más alto cedro del Líbano como de la más pequeña hoja de hisopo.

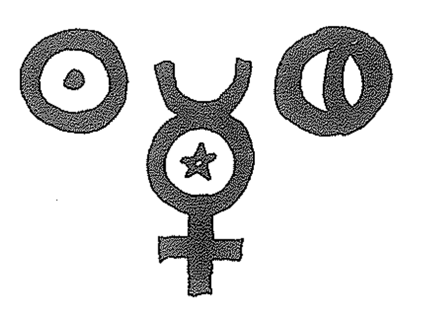
Tales fueron también aquellos que, en el nacimiento del hijo de Dios reconocieron esa ciencia, y desde regiones tan alejadas le trajeron misteriosos presentes adecuados a su grandeza y a la capacidad de su doctrina. Desde entonces han habido muchos labradores, entre los que destacamos de buena memoria al buen Llull, cuyo Testamento y Codicilio son tan recomendados.

A pesar de haberte dejado tan bien escrita la ciencia, no deberás sorprenderte si quedan algunos puntos oscuros para los ignorantes. Pues quienquiera que la exponga de tal forma que sea practicable para todos, merecerá más infierno y condenación que briznas de hierba hay sobre la tierra. Y cuando Flamel obtuvo de un judío la explicación de sus figuras, pasó mucho tiempo antes de conseguirla, ya que cualquier operador, por bien adoctrinado que esté, debe contribuir mucho en su labor con la paciencia, y con la firme y constante fe en Dios. Por esta razón, los puntos oscuros no deben importarte sino que debes remitirte a él y a mis escritos, aunque te recomiendo por encima de todo los de Llull, tan recomendados, por serme imposible decirlo todo, a pesar de que aseguro habértelo descrito, pero no de forma sucesiva, sino según razón y conocimiento, ya que, como se ha dicho, labor te será enseñanza a condición de que sigas el camino recto, considerando primero lo que buscas, para qué fin y por qué medio. No me extraño en absoluto si hoy en día son tan pocos los que logran este Arte, pues ello se debe a la prisa, a la incredulidad y a la impaciencia de los operadores, que querrían que el Arte viniera hacia ellos sin buscarlo y que la obra se hiciera sóla, sin ellos poner la mano. Pues muchos no quieren dedicar el tiempo ni el esfuerzo de ponerlo en práctica, incluso si estuviera expuesto más claramente de lo que yo te lo dejo.

¡Un pobre estudiante que esté muy vinculado a un libro, no le dará una sola palabra de este valioso arte, y tú, ignorante, piensas conseguirlo sin esfuerzos y por la labor de otro! Sería muy maldito quien, tras haber consumido su tiempo y su juventud, se

pusiera en manos de un holgazán perezoso, pues ningún asunto mundano puede serle comparado. Por esta razón, renuncia a cualquier otra cosa y dedícate al Arte, de lo contrario, no lo persigas.

Así pues, querido hijo mío, con el mismo afecto que antes, quiero dejarte este pequeño tratado gracias al cual recibirás la doctrina teórica de los principales puntos que habrían podido quedar omitidos u oscurecidos en mis tratados precedentes.



Capítulo II

El conocimiento de este noble arte nos ha venido a través de los libros, tanto de teoría como de práctica, así como por el tratado de la cábala judaica que el Señor dio a Moisés a fin de que fuera celosamente guardado entre los hijos de Dios, a quienes es dado el conocimiento perfecto de toda la naturaleza, tanto inferior como superior. Por esta naturaleza, los hijos son enseñados a unir las cosas según su propio género y especie, para producir cosas de su naturaleza y maravillosas de oír.

Algunos hicieron milagros mediante estos conocimientos como los magos de faraón contra los milagros de Moisés, y otros afirman que poseen esta ciencia desde los tiempos del diluvio. No obstante, el conocimiento natural se divide en varias categorías.

La primera está formada por el conocimiento astral y la conjunción de los elementos superiores e inferiores, como el engendramiento de las lluvias y relámpagos, de los reptiles y de las moscas, que se hace por la poderosa virtud natural.

Pero no queremos hablar de ésta, ya que nuestra intención se dirige hacia la segunda, que tiene los mismos principios y los mismos objetos, aunque esté parcialmente restringida y limitada a algunos cuerpos naturales; no es como la primera, que es libre y está únicamente sometida a la intención del operador.

La tercera está formada por las virtudes ocultas de los animales y vegetales, que los médicos rurales y mundanos creen entender muy bien, y que deriva y depende de la segunda, y por ella puede ser sabida y conocida por todo artista. La segunda es la piedra en todas sus circunstancias, y a pesar de que se encuentre en todo lugar, es únicamente perfecta en el oro, pues en éste se encuentra encerrada toda la potencia de la naturaleza, que es llamada azufre o fuego, ya que es una virtud astral que, tras varias circulaciones dentro de la tierra, se ha condensado y espesado por

una virtud doble con la humedad del aire que le ha sido añadida. Así, en el oro se encuentra la medicina universal y la fuente de vida.

Para obtener esta medicina, debes considerar primero lo que buscas y por que vía quieres operar. En efecto, para crear un árbol conviene operar naturalmente a partir de naturalezas vivas, es decir, que tengan vigor y virtud creciente como el árbol, que contiene una alma que saca de la matriz, que es la tierra: un alimento y una multiplicación del árbol. Dicha matriz no es sino tierra sutil mezclada con agua, ya que guarda en su parte oculta una pequeña porción de fuego que hace subir la tierra y el agua para seguir a su compañero que ya se halla en la madera, por cierta virtud atractiva y afinidad, y tan pronto como la tierra acuosa entra en la madera por el extremo de sus raíces, empieza a tomar la naturaleza de la madera y se hace madera. Así, la parte más gruesa de la tierra, llevada por el agua, permanece en el tronco y en las ramas para hacerlos crecer, y la parte más sutil se convierte en hojas. Y cuando el agua ya no tiene fuerzas para subir, mediante un vapor sutil se convierte en flor; luego, al espesarse, se convierte en fruto, en el centro del cual se forman unos granitos en los cuales el alma es imaginada por la virtud del fuego. Así es como en la totalidad del árbol esta alma, al madurar el fruto por la virtud del Sol, se vuelve acto y virtud de alma. Esto permite la continuación de la especie gracias a su semilla y por esta similitud el oro tiene una semilla imaginada, con la cual puede ser multiplicado y convertido en medicina para los cuerpos imperfectos.

Pero el oro vulgar está como muerto y no contiene ninguna semilla, ya que es como hierba arrancada antes de tiempo; no obstante, si alguien consiguiera volver a plantar esta hierba y hacerla madurar, llevaría semilla. La multiplicación de la hierba no consiste más que en hierba, y si no tiene semilla, por no haber tenido suficiente maduración en la tierra, buscaremos la semilla en una hierba más cruda y más verde, como hacen aquellos que

van a los metales imperfectos, que son más crudos y más verdes que el oro y la plata. También hay los que, más sutiles que la naturaleza misma, van a los cuatro elementos primordiales, con los cuales naturaleza en un instante podría crear indistintamente un caballo o un metal. O los que creen encontrar la primera materia en todas las cosas, sin pensar que naturaleza es impotente para producir cualquier creación, puesto que ello sólo pertenece a Dios. En efecto, le plugo a Dios crear todas las cosas del mundo a partir de la primera materia y dar a naturaleza el poder sobre la segunda, es decir, sobre la semilla, ya que ningún lugar o materia tiene el poder de dar una forma nueva sin semilla, aunque todas las cosas parezcan salir de la tierra sin semilla, como las carcomas. Entonces la especie puede sacar el ser de la materia y no de la especie, pero no únicamente de la primera materia universal sino también de un azufre contenido en la materia que tiene el poder y la virtud de producir tal o cual especie. Todo azufre es masa y levadura que convierte la primera materia en sí misma, pero le damos la segunda ya que naturaleza me dio mi cuerpo pero sin semilla.

Naturaleza es incapaz de engendrar a un semejante a mí ya que todas las cosas se engendran a partir de macho y hembra. Y aunque para disolver y abrir primero el cuerpo del oro se necesita una humedad que es como hembra, no obstante, el oro es por sí mismo hermafrodita, macho y hembra, como los vegetales, que no necesitan más hembra que una tierra propia donde ser plantados. Así, el oro sólo basta, ya que en él únicamente entra lo que se encuentra en él mismo, a pesar de que haya afirmado que la piedra puede hacerse a partir de todas las cosas aunque muy distintamente, pues hace falta considerar primero lo que llamamos piedra. Ahora bien, la piedra no sólo es propiamente la quintaesencia muy pura de todas las cosas, que se desprende y se extrae de su tierra impura y en cuyo interior se encuentra como molesta. Esta quintaesencia no es sino una virtud y una substan-

cia invisible que no puede contenerse por sí misma sin un cuerpo, al igual que el alma en el hombre. Por esta razón, esta muy noble quintaesencia requiere un cuerpo muy sutil que se avecina a la nobleza de su substancia sutil. Cuando la quintaesencia está corporificada, es un medicamento maravilloso para toda clase de enfermedades, según su mayor o menor grado.

Pero el oro contiene la quintaesencia de forma más perfecta que ningún otro cuerpo, tanto por su larga y perfecta digestión dentro de las entrañas de la tierra, como por la pureza y sutileza de la tierra de la cual su cuerpo está formado.

Dicho cuerpo, a pesar de que la gente rural lo llame oro, no es más que tierra, ya que, como hemos dicho, la quintaesencia u oro de los filósofos es invisible y en el oro no se percibe otra cosa que tierra, al igual que en el cuerpo humano, donde el alma no se manifiesta sino por sus efectos y facultades.

Todas las cosas están compuestas de tres elementos: la tierra que forma el cuerpo, el agua que forma el espíritu y el fuego que forma el alma. El oro tiene también esta composición y si su tierra es muy pura, es porque es resplandeciente, gracias a la virtud del agua y del fuego, y, como ya se ha dicho, si se retira este esplendor del oro, esta tierra será de poco valor.

Así, estando el oro compuesto de estas tres cosas, podrá, después de una digestión más completa, convertir la otra pasta en su substancia, según el mayor o menor grado de la digestión, puesto que contiene la semilla, al igual que todas las demás cosas.

Así, por la similitud existente entre la manzana y el manzano, aunque la manzana no sea ni manzano ni su semilla, a nadie se le ocurriría plantar una manzana para obtener un manzano, puesto que sería errar mucho. En efecto, la manzana es un cuerpo hecho de tierra y de agua, coagulado por el azufre del manzano y que no tiene en ella la virtud de producir a su semejante. No obstante, quienquiera que abra una manzana encontrará el esperma, en cuyo centro se halla la semilla capaz de producir un manzano.

El oro es pues la materia a partir de la cual procede la de los filósofos, porque es la tierra de donde se extrae la tierra en la cual está sembrado el oro de los filósofos, es decir, esta espiritualidad ya declarada, sin que con el oro esté mezclado nada de extraño.

Esta es la razón por la que tanto te he recomendado la teoría, ya que induce la razón en el corazón del hombre, a causa y por temor de los ignorantes rústicos. No es que no se pueda mezclar ningún metal, pero ten por cierto que no hay ningún cuerpo que se mezcle perfectamente, pues son únicamente tierras diferentes e impuras, pero los espíritus juntos son la entrada. Y esto te bastará.

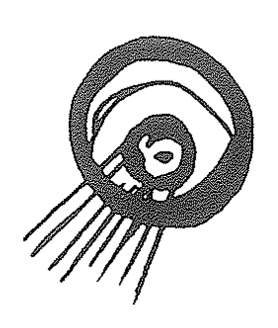
He dicho que todas las cosas son engendradas a partir de dos cosas, y a pesar de que el oro contiene ambas, otro espíritu hace su entrada y abre la puerta del cielo soberano, el cual puede encontrarse en cualquier cuerpo elementado y se llama *Upupa*, un pájaro meridional más resplandeciente que el oro fino y que anida en los retiros y también está contenido en el oro. Es vil y valioso y algunos lo llaman pájaro del paraíso, porque reside en las más altas regiones y porque anida en la tierra baja.

Esta cosa es a la vez noble y vil, es decir, vil en su corrupción y noble en su generación, pues no puede haber nunca ninguna corrupción sin una noble generación que le siga. Asimismo, naturaleza mejora siempre las cosas hasta cierto término, luego las abandona. El artista debe parecerse a ella y, si piensa imitarla, debe hacerlo atrevidamente; pero si piensa perfeccionarla, debe considerar con qué perfecciona ella las cosas y descubrirá que siempre lo hace con cosas semejantes.

De forma semejante, quienquiera que desee obtener buenos frutos para enmendar a naturaleza, deberá injertar un fruto de la misma naturaleza y no de otra especie, ni con otra naturaleza, sino como un manzano con otro manzano. Cierto es que, en la naturaleza, pueden nacer monstruos por la terrible mezcla desrazonable con lo bruto. Así, se deberá injertar un manzano con un

manzano, siempre según naturaleza, es decir de animal a animal, de vegetal a vegetal. Esto sería posible también con naturalezas similares, como perales con manzanos pero no con robles u otro árbol de naturaleza contraria.

Pero los metales son muy nobles y muy imperfectos y no pienses enmendar lo mejor con lo peor, sino que debes sutilizar y purificar cada vez más con la ayuda y con el medio de la más simple materia que haya en naturaleza, por miedo que la alianza con una cosa extraña no se mezcle con nuestra materia y la infecte en vez de purificarla. Como ya hemos dicho, cada cosa permanece en su reino sin pasar a otro y cada uno se multiplica según su especie.



Capítulo III

La naturaleza es muy simple y en sus operaciones no opera de otra forma sino con los mismos vasos y las mismas materias. Pues lo de arriba es como lo de abajo e inversamente, lo de abajo es lo mismo que lo de arriba, es decir, una sola y misma cosa y por el mismo régimen, guardando, no obstante, el orden y la observancia de regímenes diferentes. El azufre animal nunca tendrá la potencia de coagular el mercurio vegetal, ni tampoco el vegetal de coagular al animal, ni uno ni otro de coagular ni ser coagulado por el azufre o por el mercurio mineral.

Así hacen los que piensan extraer su primera materia de lo vegetal o de lo animal, basándose en el carácter vegetal o animal que dicen que tiene nuestra piedra. En efecto, lo animal permanece en el reino animal, lo vegetal en el reino vegetal y lo mineral en el reino mineral, aunque una substancia vegetable podrá convertirse en animal por la conversión de una naturaleza en otra, según la digestión de lo convertible. Sin embargo, el metal nunca podrá convertirse en vegetal ni en animal, ni lo animal y vegetal en mineral. El metal permanece en su naturaleza metálica, aunque pueda ir hacia el uno o hacia el otro, pero ello por medicina del elixir perfecto o piedra perfecta.

Cuando decimos que nuestra piedra es vegetable, lo decimos porque depende de la naturaleza universal y vegetal, que produce en ella una nueva vegetación y una nueva vida. Además, es denominada vegetable porque pertenece a los vegetales y repara la naturaleza de los vegetables, como aparece indicado en Llull, en la virtud de sus medicinas.

Decimos que nuestra piedra es animal por cuanto está compuesta de cuerpo, de alma y de espíritu y es antídoto y medicina para los animales y vegetales. Prolonga la vida del hombre y restablece su juventud aunque primordialmente no sea más que

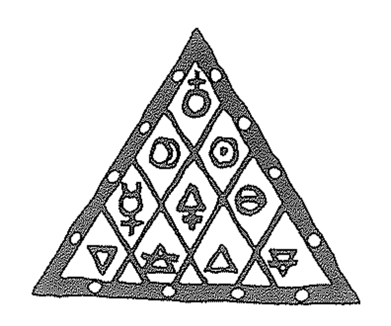
mineral; por sucesivos grados llega a esta animación, al igual que la putrefacción conduce a la vegetación.

Por esta razón se dice que la obra se hace en dos noches y tres días; porque los días son similares a estos tres regímenes, y las noches a las putrefacciones, que son las disoluciones tan recomendadas en la obra. Aunque se diga que hay varias disoluciones, en realidad sólo hay de dos tipos, una violenta y rural, y otra suave y filosófica, bajo la cual ambas están comprendidas.

Las tres piedras también están figuradas en nuestra obra por los tres azufres de los tres reinos. Por la piedra universal o grado mineral viene el color del azufre metálico; por el grado vegetal viene la coagulación y el olor del azufre vegetable; y por el grado animal, la esencialidad del azufre animal y la rojez de la sangre. Y así nuestra piedra es llevada sucesivamente del mineral al vegetal, y del vegetal al animal, adquiriendo la perfección mediante estos grados sobre los reinos. Lo mismo sucede con los metales cuando se les despoja de su impureza e inmundicia, poniendo de manifiesto lo oculto y perfeccionando de forma manifiesta lo que tiene una perfección oculta fuera del cenagal y suciedad de la tierra; en los vegetales, mediante una reparación y restablecimiento de un humor vivificante, perdido y consumido por la debilitación y corta duración de los vegetables; en los animales, por una virtud separadora de lo puro y lo impuro. Esta impureza es lo que causa la corrupción en nuestros cuerpos y disminuye su humedad radical y su calor natural.

Recobrando la salud, restableciendo la juventud y disponiendo mejor el cuerpo de forma proporcional a sus elementos, lo exterior, que parece debilitado por la debilitación interna, recobra su primer verdor tanto en los vegetales como en los animales y por esta medicina es despojado de las incomodidades accidentales que proceden de los humores superfluos.

Por esto, los Sabios médicos prohíben el oro de química en las medicinas, ya que no está despojado de su fuego contra-natural y no ha adquirido las perfecciones mediante las putrefacciones que separan perfectamente estas cosas.



Capítulo IV

He dicho que nada puede ser engendrado primordialmente de una sola materia, porque una materia no tiene movimiento ni puede actuar sobre sí misma, por ello, conviene tener dos materias de diferentes naturalezas que sean como macho y hembra, aunque algunas cosas son hermafroditas y llevan en sí mismas el macho y la hembra, como los metales y los vegetales. Sin embargo, para estos conviene tener una materia que haga oficio de hembra, llamada menstruo, para que la materia se corrompa y que de la corrupción nazca otro menstruo más cercano y vecino de la naturaleza metálica, que el que procede del género muy general en el cual y del cual nace el hijo de los filósofos por la semilla del primer macho, que atrae y convierte toda la virtud del menstruo en su substancia primera.

Para entender bien el orden de la naturaleza de los metales por su generación, repetiré una vez más que todas las cosas del mundo están compuestas de cuatro, que son: calidez, sequedad, frigidez y humedad, que descienden primordialmente de la calidez y de la frigidez y que son, según Parménides, los dos principios de naturaleza, y por conversión media de uno en otro son fuego, aire, agua y tierra.

El fuego es cálido y seco; el aire es cálido y húmedo; el agua es fría y húmeda y la tierra es seca y fría. Por esto, el fuego puede convertirse en aire según su conveniencia, a causa de la calidez que es común entre ellos. El aire puede convertirse en agua por humedad, similarmente común entre el aire y el agua. El agua puede convertirse en tierra por frigidez, que es común entre la tierra y el agua que participan de dicha frigidez. De esta manera, el fuego realiza una alianza con el aire mediante la calidez y el aire con el agua por la humedad; el agua con la tierra por frigidez. Así, al descender el fuego de uno a otro es llevado hasta el centro

de la tierra, que es como un punto donde todo acaba. Este centro, agitado por todas partes, hace salir sus llamas hacia la superficie de la tierra bajo forma vaporosa, mientras que cuando descienden, lo hacen bajo forma de agua y por otros lugares, a fin de no impedir la circulación natural. Este vapor limpia, calienta y purifica los lugares por donde pasa, hasta llegar a otro lugar, muy purificado por los anteriores vapores, donde la tierra es muy sutil, caliente y húmeda como una grasa. Entonces, el vapor se une a la grasa y juntos se corrompen, de forma que de ambas nace una untuosidad viscosa, que sale del género muy general mediante este azufre o grasa. Algunos la nombran *calcaduc* o lagarto verde, es decir, la primera conjunción del azufre y del mercurio que luego baja y se convierte en mercurio metálico que fluye y que contiene en sí su propio azufre de oro, de plata y de otros metales, según la pureza o impureza de la tierra desligada. Dicho mercurio, por una perfecta decocción se convierte al final en el metal de su destino. Pero si el vapor y la grasa no se hubieran encontrado, el metal nunca hubiera sido formado; cada uno por su lado no basta para engendrar el metal, aunque ambos proceden primordialmente de uno, por la conversión de la substancia untuosa metálica en tierras metálicas, que han espesado el vapor y lo han convertido en grasa.

El metal se hace de esta manera, cuando el encuentro se produce en sus matrices propias y adecuadas para las digestiones.

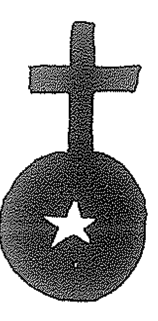
Es comparable a una montaña que tiene una bóveda a modo de horno, para que los vapores que siempre suben se encuentren allí encerrados y no puedan salir, y a fin de que las aguas y las lluvias fluyan rápidamente por encima de las montañas sin permanecer. Observa que, en los lugares llanos no se halla nunca ninguna minera, puesto que al permanecer allí las aguas, acaban entrando y arrastrando los vapores en la tierra, dejando una superficie empobrecida, de calidad mediocre, conveniente sólo para vegetaciones sencillas. Pero el Sol, padre y primera causa de

las cosas, siempre restaura con sus rayos las virtudes debilitadas, ya que sus rayos y vapores se unen y se atraen entre sí, y por los rayos se restauran los vapores para producir hierbas, árboles, trigo y otras cosas semejantes, puesto que todas las cosas dependen de ellos y no hay nada en el mundo que no nazca de esta forma.

Y así, al abrigo de los vientos y de la lluvia, son engendrados los metales, pues allí el fuego actúa más potente y naturalmente que lo haría en un lugar descubierto, donde el aire y el agua ponen un impedimento. Este fuego lleva a cabo la intención de naturaleza, pues se considera como encerrado en su materia como en todo tipo de semillas y es engendrado a partir del Sol, según he explicado antes más exhaustivamente. Pero existe otro fuego de la tierra, que procede del centro donde las cosas se mueven; este fuego excita y provoca el fuego material para extender y multiplicar sus virtudes con más potencia. El fuego de putrefacción es el tercer fuego, que puede considerarse por similitud con un fajo de hierbas comprimidas, que por la virtud del aire se calientan, se mueven entre sí y provocan que su humedad actúe mediante el calor imaginado allí por el aire, que viene sucesivamente y produce un tal calentamiento y calor penetrante que se podría cocer huevos. Luego, con la ayuda de la humedad, estas hierbas se corrompen y se pudren, pues todas las cosas contienen su propio fuego en sí mismas y en su centro. Este fuego es el de naturaleza, que está contenido en cada una de las cosas.

Del mismo modo, nuestra composición debe tener su fuego, que será aumentado progresivamente y sin destrucción de la especie gracias a la industria del operador. Dicho fuego se pelea con el del menstruo, y así conducirán la materia a la corrupción, ya que el menstruo provocado por el artista picará suavemente el de la materia y entre ellos habrá un combate largo cuyo desenlace será glorioso, a condición de que el fuego de la materia domine el

del menstruo. Esta solución ocurrirá infaliblemente si el fuego no es conducido demasiado vivamente y que el artista ponga su empeño bajo la guardia del Señor.



Capítulo V

Todos los que han escrito a propósito de la noble Piedra de los filósofos han embrollado a los estudiantes de este arte, en lugar de enseñar su verdadera operación y práctica, y a pesar de ello, muchos son los que han conseguido alcanzar esta Ciencia por los libros. También los sabios han juzgado que bastaba con entender y saber, sin otra inteligencia, que existe una piedra de gran virtud ya que todo hombre sensato debe, a partir de las sencillas palabras de los filósofos, imaginar cosas muy grandes, no sólo por sus escritos, sino también por razones naturales. Y si no tuvieras ningún conocimiento excepto que hay una virtud separadora de las cosas puras de las impuras, y que éstas se pueden convertir en puras (virtud que tiene más poder sobre los metales), ello no bastaría para hacerte entender que su origen viene de los metales.

Porque si conoces la naturaleza de las cosas, sabrás que cada azufre sólo tiene el poder de coagular a su mercurio, y que es imposible y fuera de naturaleza juntar el león con el hombre, ni el hombre con el metal. Y a quienquiera que dijera que la virtud más noble de la naturaleza debe proceder del hombre, por ser el hombre el cuerpo más noble que hay en la naturaleza, le contestaría lo siguiente: «No hay ningún cuerpo tan perfecto como el espíritu». Aunque la perfección esté en los cuerpos, no debemos buscar en ellos esta virtud separadora, y si quisiéramos extraer dicha virtud de los cuerpos, ésta sólo podría aparecer a nuestra vista mediante su cuerpo, por pequeño que sea, ya que siempre será un fermento para atraer poco a poco las cosas hacia su naturaleza.

Y puesto que el perfecto elixir no es sino la virtud separadora, siempre tiene entrada y es necesario que también tenga una virtud fijadora; de lo contrario la plata viva no podría hacerse oro

en la proyección. Esta virtud fijadora procede únicamente del azufre terrestre del oro, que fija y multiplica la plata viva en nuestro magisterio, poniéndose y permaneciendo en lo más profundo de las naturalezas imperfectas para darles perfección como la levadura. Es decir, hasta el término donde naturaleza había llegado, conduciendo dicha virtud multiplicativa según los grados de digestión de nuestro magisterio.

Tras haber considerado bien estas cosas y sabiendo que el más perfecto de todos los metales es el oro o la plata, ¿en qué otra materia piensas buscar la noble y poderosa virtud fijadora sino en el oro? Además, has de saber que este noble metal contiene en sí las dos virtudes juntas, la fija y la volátil, de las que fue engendrado al principio y las cuales, por sus diversas propiedades y cualidades contrarias, se corrompen entre sí para hacer salir de la corrupción una nueva generación más pura y más excelente que la primera. El primer oro, al principio fue creado y compuesto de las dos virtudes contrarias, y como tal hecho de dos cosas; es finito y está sometido a la muerte, en cambio, no es así para lo que procede de una sola cosa. También es llamado Fénix, porque tiene el poder de resucitar y volver a nacer de sus cenizas; la razón siempre te enseñará que hay que purificar el metal de sus superfluidades, tanto como pueda el artista, siempre por la vía de naturaleza.

Esta vía, de la que ya se ha hablado, no es más que putrefacción y depuración; y de la putrefacción nace toda generación, según cada especie e individuo. Y para alcanzar la putrefacción no se deberá añadir al metal ningún otro metal, ni ningún polvo ajeno, sino algo muy cercano y vecino de su naturaleza.

Un buen filósofo natural, de espíritu vivo, debe penetrar de forma imaginaria los secretos de las cosas más ocultas, que conocerás por la similitud de las cosas semejantes, pues naturaleza no es diversa en lo que hace, sino que todas las cosas tienen la misma composición de tierra, agua, aire y fuego, donde se

encuentra el azufre, la sal y el mercurio. Aunque el oro sea muy buscado en sus componentes y parezca indivisible, está formado, no obstante por estas cosas, como todas las demás de la naturaleza, ya que lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que se engendra dentro y sobre la tierra y en el aire no es de diferentes generaciones, sea la de la madera, del trigo o del hombre; conocer como la de las moscas, de los truenos y de los metales son, según el grado mayor o menor de espiritualidad o terrenidad, y por el centro e interior de uno, se puede conocer el centro e interior del otro.

Y si me dijeras que para ver el centro e interior de la madera es necesario corromper su primera forma, de tal modo que ya no podrá nunca más ser madera, te contestaría lo siguiente: Ya te he dicho que existen dos tipos de disoluciones, la violenta y la natural, es decir, una que corrompe y otra que conserva la especie. Sin embargo, tanto de una como de otra se puede sacar algún fruto, ya que si una conserva la especie, la otra no deja de separar las superfluidades terrestres del compuesto, de manera que sólo queda lo que contiene las virtudes con que los sabios filósofos han realizado curas maravillosas. Pero si temes perder la forma específica de la madera en las llamas devoradoras del fuego, haz tu separación en el agua, y si el agua no es lo suficientemente fuerte como para corromper, añádele el fuego. Entonces, si has quitado a la materia la forma específica de la madera, por lo menos le habrás dado otra más noble que la primera, que será la del animal, como sucede en nuestro magisterio.

Has de saber pues que al principio, un rocío perpetuo fluye del cielo en la tierra y engendra en sus entrañas a los metales y minerales, y en su superficie y fuera de ella, a los vegetales y animales de todas las especies, de las que el hombre es el más excelente. Debes saber y conocer esto para comprender cuántas cosas hay en la naturaleza y de dónde proceden, a fin de descubrir después de donde fluye la potencia universal de las cosas en la que se encuentra escondido todo el secreto del Arte.

Una vez bien conocidas estas cosas con un espíritu sutil, se podrán hacer cosas milagrosas en naturaleza, como ya he dicho respecto a la Cábala judaica.

Antaño, por esta ciencia entendida en su totalidad se hacían muchos milagros, como gobernar incluso a la naturaleza y a los elementos, lo que los miserables judíos atribuyeron a los milagros de Jesucristo realizados por la virtud y habilidad de esta ciencia. Luego, como indignos, la perdieron y de ellos pasó a los cristianos, que la poseen hoy en día y que será utilizada en honor y gloria del Señor. Pues como es debido, todo hombre que a ella se entrega, debe ser en todo como Dios desea. De lo contrario, se dedicará a ella en vano.

Así pues, primero deberás buscar conformarte a su voluntad, luego, encontrarás la gloria, ya que te he dejado por escrito lo suficiente si eres un hombre de bien. Pero en primer lugar debes purgar tu oro y reducirlo a un polvo impalpable. Luego, de éste deberás extraer un espíritu volátil blanco como la nieve y otro rojo como la sangre, los cuales engendrarán juntos a un tercero, en un calor húmedo y continuo.

Pero nuestro magisterio consiste principalmente en cuatro operaciones: solución, ablución, conjunción y fijación, que no son sino disolver y congelar. En la solución, las partes son divididas y se convierten en materia negra; en la ablución, se realiza una reunión de dichas partes y se blanquean. En la conjunción aparece otra negrura y en la fijación, todos los elementos son fijados. Estas cuatro partes se dividen en doce grados. El primer grado es la calcinación del cuerpo, que los antiguos figuran como un dragón dormido en el fuego y guardado por un anciano, que es la virtud del azufre retenido en la antigua Demomorgona de la tierra despertada por nuestro Marte, llamado por algunos imán, que es la primera materia simple o aire. Entonces, la tierra separa

dichas materias, que son el sol y la luna. En el segundo grado, que es la solución, una bestia feroz devora a nuestro sol en presencia de nuestro imán, que se pone sobre siete hermosas flores, pero el fuego se resuelve por sudores y nace mejor. El tercer grado es la separación de las partes femeninas, que son las del cuerpo y del espíritu, es decir, de los dos imanes. El cuarto es la conjunción; estando el agua separada, el anciano reúne el hombre y la mujer, y allí, por un suave rocío, aparecen los diversos colores. El quinto grado es la putrefacción o negrura. El sexto es la congelación. En el séptimo, la nutrición, el niño es alimentado por tres veces con la leche adecuada. En el octavo, la sublimación, el oro y la plata son exaltados, pero al noveno, grado de la fermentación, la semilla debe ser puesta en la tierra, y el Sol y la Luna que Saturno había matado, resucitan y resplandecen mucho en el décimo grado. El undécimo y duodécimo son la multiplicación y la proyección, de las que ya he hablado suficientemente.

Queda por añadir los grados del calor. Conviene que los consideres según la temperatura del aire, desde Aries hasta Cáncer, desde Cáncer hasta Libra y desde Libra hasta Capricornio. Considera que las siete flores de la obra son las siete imbibiciones que Nicolas Flamel menciona con tanta frecuencia..Estas siete imbibiciones son repetidas dos veces y te bastará con mis palabras. Pues si me explicara con más claridad, tanto el loco como el sabio lo conseguiría y yo merecería la damnación, por haber expuesto algo que nunca podría ser reparado, una vez conocido. Por esta razón, la verdad no ha sido escrita más claramente, pero si no consigues comprender lo que digo con tanto amor paterno y con tanta verdad, trabaja atrevidamente como lo han hecho todos los hombres que la han conocido. Jamás un hombre ha hablado más claramente y toda la enseñanza ha sido dada simple y superficialmente y no de forma sucesiva, a fin de evitar cualquier inconveniente.

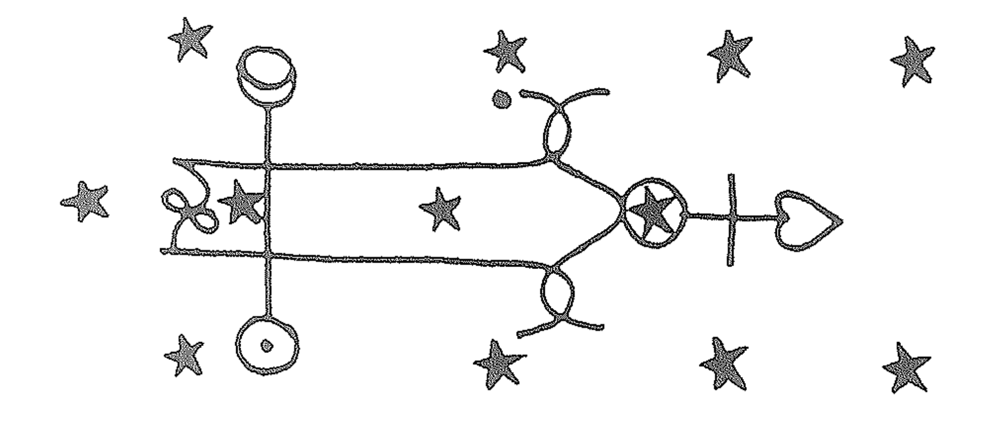
También Llull describe exhaustivamente todas las operaciones, por lo que te lo recomiendo tanto, aunque te dejo pocas cosas oscuras. Lo que acabo de declararte, los más ilustres reyes de la tierra deberían estimarlo en mayor grado que sus propios imperios. Guárdalo cuidadosamente y vigila que nadie ponga sus ojos en ello, y cuando llegue la muerte, si todavía no lo has hecho, quema mi libro.

Si en mis precedentes escritos no has añadido fe, coge los de Llull y separa el buen grano de la paja, hasta que no se encuentre contradicción.

Respecto al fuego, los hay de tres tipos: el de la lámpara, el del estiércol y finalmente el del carbón. Respecto al horno, hay varias cosas que hay que saber, del baño, o agua o del aire simplemente calentado y templado por un globo de madera herméticamente cerrado, en el que confío más que en el otro. No obstante, todo no es más que uno, siempre y cuando sepas administrar un mismo fuego, sin prisa, pues ésta ha perdido a muchos artesanos.

Por ello, te ruego y exhorto, tanto como me sea posible, que observes mis mandamientos a fin de que Dios sea bendecido y honrado. A El honor y gloria por los siglos de los siglos.

AMEN.



BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre y apellidos:
Dirección:
Código postal: Ciudad: País:
Teléfono:

Deseo suscribir a LA PUERTA mediante el pago de una cuota anual de

- ❑ 2.300.- Pts. como suscriptor en España
- ❑ 2.800.- Pts. como suscriptor en el extranjero
- ❑ Pts. como «suscriptor protector» (Indicar a partir de 5.000.-Pts.)

correspondiente a los dos próximos números consecutivos

Medio de pago

❑ Domiciliación bancaria (Facilitar los datos que siguen)
Titular cuenta:
Banco/Caja de Ahorros:
Sucursal:
Número completo cuenta o libreta (20 dígitos):
Firma titular:

❑ Talón adjunto (No válido para el extranjero)

❑ Giro postal a favor de "LA PUERTA"
C/ Isaac Peral, 13B
08397 Pineda de mar (Barcelona)

❑ Transferencia bancaria a favor de "LA PUERTA"
C.E.P.B. "La Caixa"
Oficina 3422 (Shers)
Códigos 2100-3422-10
Cuenta 2210016954

Forma de suscribirse

❑ Envio por correo del presente boletín a "LA PUERTA"
C/ Isaac Peral, 13B
08397 Pineda de mar
(Barcelona)

❑ Envio por fax al teléfono (93)-762 30 09 del presente boletín

❑ Telefónicamente mediante llamada al número (93)-762 30 09

Condiciones válidas durante 1996

El conocimiento de este noble arte nos ha venido a través de los libros, tanto de teoría como de práctica, así como por el tratado de la cábala judaica que el Señor dio a Moisés...

...aún cuando por mis propias manos vieras llevar a cabo toda la obra, no por ello serías más sabio, pues quienquiera que piense usurparla siempre será desviado y no alcanzará nunca el resultado de sus prácticas, por buen ingenio que tenga y por recta vía que siga. ¡Cuántos, a pesar de su experiencia, han sido alejados de ella a causa de sus vicios! Por ello los judíos y los árabes la perdieron, por haber sido como indignos, aunque la habían obtenido por tradición, como Cábala transmitida. Fue dada por el todopoderoso a Moisés en la montaña del Sinaí y transmitida de padres a hijos, sin escritura, hasta Esdras; de Esdras al rey David, mediante ciertas cifras y caracteres...

Pero el rey David, corrompido en sus costumbres por la impureza, no sólo fue destituido de este arte, sino también privado de ver la construcción del bello edificio.

Lo que te digo me ha sido enseñado por una copia de esta cábala tradicional judaica, que se denominaba magia y que es la ciencia filosófica de la cual Hermes, Pitágoras, Numa Pompilio y muchos otros han hecho escuela...

Nicolas Valois, *Los Cinco Libros*.